

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Flores de sangre

Al sanatorio psiquiátrico Swarchtz de Suiza llega una nueva paciente: La bellísima señorita Monique Lafrance, que padece, al parecer, una crisis nerviosa que ha derivado en una aguda manía persecutoria. El director de la clínica, el doctor Karl Swarchtz decide ingresarla en su clínica e inmediatamente intenta conseguir curarla.



Lou Carrigan

Flores de sangre

Brigitte en acción - 106

ePub r1.0

Titivillus 21.04.2019

Lou Carrigan, 1969
Diseño de portada: Benicio
Diseño de portadilla VI Aniversario: NoTanMalo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




epublibre
Proyecto Scriptorium
Edición conmemorativa
VI Aniversario

Brigitte EN ACCION



Capítulo I

El negro automóvil pasó por entre las abiertas verjas, dejando atrás el indicador de hierro forjado y madera en el que se leía:

SANATORIO SWARCHTZ
Ginebra - Suiza

En lo alto del indicador de pie se veía una fina capa de nieve. Y también se veía en los jardines del hermoso sanatorio, cuyo edificio se veía al final de la avenida bordeada por abetos altísimos, cuyas ramas sostenían blancas manchas de nieve. Bajo el cielo gris blanquinoso, los bellos jardines del sanatorio tomaban un tono verde y blanco de infinita tristeza. Quizá sólo melancolía.

El auto se deslizaba por el amplio sendero asfaltado, del cual había sido quitada la nieve caída durante la noche anterior. Era lo único que no se veía nevado. Los abetos, los arbustos de flores que dormían su letargo hasta la primavera, el mismo edificio del sanatorio, se veían blancos. De un blanco bonito, limpio, puro.

Por fin, el auto se detuvo delante de las grandes arcadas que sostenían el tejado a tres vertientes del pórtico del edificio. Ya no se veía la severa elegancia de éste, ni sus alargadas ventanas con algunas plantas trepadoras, ni su gran arco encristalado del frontispicio. Era una especie de castillo en miniatura, y dulcificado por las alegres ventanas. La clásica clínica suiza… para privilegiados del dinero.

El hombre que conducía el coche apagó el motor y se volvió hacia el asiento de atrás, preocupada su mueca que intentaba ser una sonrisa.

—Hemos llegado —musitó.

El otro hombre, en el asiento de atrás, asintió y señaló hacia la gran puerta del sanatorio, por la cual salían en aquel momento dos

hombres y una mujer, los tres con bata blanca.

—Nos estaban esperando, naturalmente… —Se volvió hacia la mujer que se sentaba a su lado—. ¿Está bien? ¿Se siente con fuerzas?

—Desde luego —sonrió la muchacha.

Llevaba un hermoso abrigo de visón blanco, que alzaba hacia su cuello y orejitas. El rostro destacaba, entre sonrosado y dorado, sobre la fina piel del visón. Un rostro precioso, de muñequita, con unos tremendos ojos azules, grandísimos, de una belleza increíble. Eran como dos pedacitos de cielo tropical trasplantados al dulce rostro de boquita sonrosada, llenitos los labios, ligeramente alzado el superior en una muequecita de niña sonriente. Un hoyuelo alargado verticalmente hendía con suavidad la fina y al mismo tiempo firme barbilla femenina. Sus manitas, sosteniendo el cuello del abrigo, se veían delicadas, con las uñas bien manicuradas en tono perla-rosado. Manos delicadas, pero, asombrosamente, producían la impresión de firmeza, de seguridad. Manos dignas de estudio: delicadas, bellas, finísimas, pero de una solidez que sorprendería a todo buen observador. Una sortija con una esmeralda ovalada adornaba primorosamente la izquierda, en el dedo anular. Ninguna joya más.

La edad de la divina jovencita lo mismo podía ser veinte años que treinta. Si sólo se tenía en cuenta su dulce belleza juvenil, nadie diría que tenía más de veinte o veintidós. Si alguien con auténticos y profundos conocimientos psicológicos miraba atentamente al fondo de las bellas pupilas azules, posiblemente se llevaría la sorpresa de encontrar allí la sabiduría, la experiencia de cien años de vida.

La puerta del auto fue abierta por uno de los hombres de bata blanca, mientras el otro se dirigía directamente al maletero del coche, abierto por el conductor, que ya se había apeado. Enseguida, se apeó el otro y tendió la mano hacia dentro, ayudando a salir a la joven de los hermosos ojos azules, que lo hizo con graciosa y elegante naturalidad.

La mujer de la bata blanca se adelantó, con una cortés sonrisa de bienvenida, tendiendo su diestra. Era alta, esbelta, fina y fuerte como una barra de acero. Pero elegante, correctísima, de gesto amable en sus verdes ojos, que encajaban perfectamente en la

apariencia un tanto felina de su rubia propietaria.

—Soy la doctora Moeller… —sonrió—. Supongo que usted es la señorita Lafrance.

—En efecto… —replicó fríamente la chica del abrigo de visón blanco—. ¿Tiene usted algo contra mí, doctora?

Marlene Moeller, doctora en psiquiatría, se desconcertó.

—No… Naturalmente que no, señorita Lafrance.

—Usted me mira con animosidad.

—Perdone… Creo que no es así… De todos modos, jamás sería esa mi intención. Quiero ser su amiga, se lo aseguro.

—Usted no quiere ser mi amiga. Usted me trata como a una loca, eso es todo… ¡Y no pienso consentirlo! Sepa que no estoy loca, doctora Moeller, ni lo he estado nunca. ¿Entendido?

—Bueno, señorita Lafrance, nadie ha dicho…

—Usted lo está pensando. Y, además: si no creen que estoy loca… ¿por qué me han traído aquí? Jean: ¿no es esto un manicomio?

El hombre que había ido en el coche sentado junto a ella le pasó un brazo por los hombros, con un amistoso gesto protector, mirando significativamente por un instante a Marlene Moeller.

—Oh, vamos, Monique, sabes que esto no es un manicomio, querida… Es un sanatorio, simplemente.

—¡Es lo mismo!

—No, no… A los manicomios, sólo se lleva a los locos. Y a los sanatorios, a personas que han trabajado en exceso, y están agotadas, nerviosas, irascibles… Te conviene descanso, eso es todo.

—Pero aquí me tratarán como a una loca.

—Ya verás que no, querida. Aquí, sencillamente, te enseñarán a descansar… ¡Ojalá pudiera yo quedarme también!

—¿No puedes quedarte? ¡Quiero que te quedes conmigo, Jean! ¡Y tú también, Armand!

—Vamos, vamos, no seas niña, Monique…

—¡No quiero quedarme aquí! Si no os quedáis vosotros, yo tampoco me quedo.

—Mira… Tú sabes que tenemos mucho trabajo… Precisamente tu ausencia va a recargar más nuestro trabajo… No podemos quedarnos. Pero vendremos a verte a menudo. Te lo prometemos. ¿Cierto, Armand?

—Naturalmente —sonrió éste.

—¿Vendréis cada día?

—Cada día no podemos prometerlo, pero sí con frecuencia. Además, estarás aquí muy poco tiempo. En cuanto a la doctora Moeller, te vamos a pedir un favor: ella es tu amiga sincera, de modo que tú también tienes que quererla. ¿Lo harás… por nosotros?

—Sí… —sonrió de pronto Monique Lafrance, luminosamente; y tendió su manita a la doctora—. ¿Cómo está, doctora?

—Bien… —sonrió Marlene Moeller—. Encantada de conocerla, señorita Lafrance. ¿Le gustaría ver sus habitaciones ahora?

—Bueno. ¿Tomaremos juntas el té esta tarde?

—Por supuesto… —sonrió maternalmente la doctora, como si en lugar de tener treinta años tuviera el doble—. Estaré encantada de tomar el té en su compañía. Ahora, Konrad y Guido la llevarán a sus habitaciones. Ellos son Konrad y Guido. También serán sus amigos.

Señaló a los dos hombres de la bata blanca, que sonrieron a la recién llegada, ya cargados con sus maletas. Guido era moreno, delgado, atlético, muy guapo con sus grandes ojos negros y su ensortijado cabello. Konrad tenía más de cuarenta años, o sea, no menos de diez más que Guido. Y, además de ser más viejo, el enfermero alemán empleado en la clínica suiza, era absolutamente feo, con su gran cabezota cuadrada, su boca grandísima, los cabellos crespos, tiesos como alambres rojizos, y sus diminutos ojos de un azul clarísimo, como desteñidos; grueso, muy alto, de brazos larguísimos. Un extraño y feo gorila que parecía entrenado para sonreír.

—Guido me gusta… —dijo Monique Lafrance—. Pero Konrad, no. Es tan feo… ¿Verdad que es feo, Jean?

Konrad no se alteró lo más mínimo, pero Jean pareció no saber qué decir. Carraspeó, quedó sobre un solo pie…

—Bueno, Monique, no creo que…

—No importa —sonrió más ampliamente Konrad—. Sé que soy feo, pero no importa. Tampoco me importa que me lo digan.

—¿Por qué había de importarle, si es verdad? —rió Monique Lafrance—. ¡Demonios, y qué condenadamente feo es usted, Konrad!

—Por favor, Monique… —intervino Armand—. Modérate. Será

mejor que vayas a instalarte en tus habitaciones. Antes de marcharnos pasaremos a despedirnos.

—Está bien. Pero usted, Konrad, venga detrás de Guido y de mí, para que no le veamos.

—Como usted diga —sonrió mansamente Konrad.

—¿Me odia por todo lo que le he dicho, Konrad?

El feo enfermero se pasó la lengua por los labios, mirando de reojo a la doctora Moeller, que estaba ciertamente inquieta, casi sin poder ocultar su desagrado ante la actitud despectivamente irónica de la señorita Lafrance.

Afortunadamente, Jean salió al paso de aquella nueva situación embarazosa.

—Será mejor que te acomodes ya. Entiendo que tienes unas habitaciones maravillosas, Monique. Por cierto: ¿has traído muchos libros?

—Claro, querido. Yo nunca viajo sin libros. Este es un lugar muy desagradable, de modo que supongo que tendré que dedicarme exclusivamente a leer. ¿Nos vamos ya, Guido?

—Cuando guste, señorita.

Monique Lafrance se tomó de un brazo de Guido, a pesar de que éste iba cargado con parte de su equipaje. Entraron en la clínica, seguidos por Konrad, cuyo mutismo era un tanto sombrío, y su rostro no expresaba precisamente agrado, ahora que la nueva paciente del sanatorio no podía verlo.

—Lo lamento… —musitó Jean, mirando a la doctora—. Ya les advertí a ustedes que ella estaba pasando una crisis. Sin embargo, le aseguro que nunca fue tan aguda, tan… agresiva.

—Ha habido un momento en que temí que fuese a atacarme —murmuró Marlene Moeller.

—De veras que lo sentimos. Es una buena muchacha, pero en ocasiones… Bueno, como les dije anteayer al visitar al doctor Karl Swarchtz, la última crisis nerviosa fue muy aguda…

—Pero no nos dijo que esa señorita pudiese llegar incluso a ser peligrosa, señor Fabert.

—¿Peligrosa? Oh, vamos, doctora… Es una muchacha dulce, corrientemente. Cierto que parece capaz de agredir a cualquiera, y que considera que todo el mundo la odia, pero… Bueno, yo espero que la cosa tenga remedio aún. Un desequilibrio nervioso producido

por el exceso de trabajo…

—El doctor Swarchtz emitirá sin duda un diagnóstico más autorizado que el suyo —musitó Marlene—. ¿Les parece que vayamos a verlo ahora? Les está esperando.

—Desde luego… Vamos, Armand.

Entraron detrás de Konrad, que ya no se veía en el espacioso y confortable vestíbulo, magníficamente alfombrado, con finas arañas de cristal en el techo, cuadros en las paredes. Había calefacción central, por supuesto. Los pasillos que recorrieron estaban todos alfombrados.

—No hay habitaciones de pacientes en la planta —explicó Marlene Moeller—. Las habitaciones están en los dos pisos superiores, mientras que la planta se destina a servicios diversos: celdas, biblioteca, núcleos de aparatos electrónicos, despacho, comedor, sala de estar para los internos…

—Sabemos muy bien que este sanatorio es el mejor de Suiza, doctora Moeller. Pero, dígame: ¿qué es eso de las «celdas»?

—En más de una ocasión nos hemos encontrado con que el interno resulta un tanto… díscolo. Y digo díscolo, señor Fabert, por no decir peligroso. En esas ocasiones, en beneficio del propio enfermo, y sobre todo de los demás pacientes, conviene tener un lugar donde… confinar hasta que se calme al enfermo que experimenta una crisis aguda. Aunque le aseguro que eso es poco frecuente en este sanatorio, señor Fabert.

—Estoy seguro de que Monique se portará bien —musitó Jean.

—Así lo espero… De todos modos, nosotros solamente aceptamos los casos en los que se nos concede absoluta libertad de acción y decisión, señor Fabert.

—Entiendo. Y por nuestra parte no hay inconveniente. Lo único que deseamos sinceramente es que Monique se reponga… ¿Cree que eso será posible, doctora?

—Habrá que tenerla en observación por lo menos un par de días, antes de poder asegurar eso. Hemos llegado.

Abrió una de las puertas que daban al último pasillo recorrido, y se apartó. Los dos hombres entraron en el lujoso y confortable despacho, lleno de libros, cuadros de firmas prestigiosas, alfombras, muebles regios… Al fondo se veía la gran ventana, con las cortinas corridas, de tal modo que se veía la blancura de la nieve en el

exterior, sobre el césped y los abetos. En absoluto parecía un lugar dedicado a la práctica de la medicina, sino el acogedor despacho de un artista de indudable buen gusto para la decoración y el confort.

Entre la puerta y la ventana, hacia el fondo, había una gran mesa-escritorio. Tras ella, de espaldas a la ventana, un hombre, que se había puesto en pie al abrirse la puerta. Sonreía cordialmente, y tenía entre sus labios un cigarrillo, con la simpática despreocupación del clásico aventurero que siempre está de buen humor.

—¿Señor Fabert, señor Lamotte…? —se interesó amablemente.

—Así es.

Los dos se acercaron, estrecharon la mano que les tendía Karl Swarchtz, y se sentaron en sendos sillones, a una indicación del famoso psiquiatra y neurólogo. Éste era alto, atlético, muy apuesto y elegante. Cabellos rubios, ojos grises, mentón firme, boca grande y sonriente… La frente era despejada, alta, bien curvada. Era como una tersa pantalla donde parecía brillar una clarísima inteligencia. Karl Swarchtz debía tener entre treinta y cinco y cuarenta años, y su aspecto era saludable, deportivo.

—¿Va a necesitarme, doctor? —inquirió Marlene Moeller.

—Pues… no. Para esto, no, desde luego.

—Entonces, con su permiso, iré a asegurarme de que la señorita Lafrance encuentra de su agrado las habitaciones. Parece que es un poco… intransigente.

Swarchtz frunció levísimamente el ceño.

—Confío en su tacto, Marlene. Vaya con ella, vaya.

Los tres hombres quedaron solos. Swarchtz ofreció su caja de cigarrillos a Armand y Jean, que aceptaron. Ya fumando ambos, Swarchtz sonrió de aquel modo simpático, cordialísimo.

—Por lo que ha dicho Marlene, entiendo que su recomendada no va a ser fácil de tratar, señores. Bien entendido que aquí no usamos mangueras de agua fría, ni camisas de fuerza…

—Conocemos bien la suavidad… y eficacia de sus métodos, doctor Swarchtz. Por eso hemos traído aquí a Monique. Ha sido usted muy amable al admitirla en su sanatorio.

—Bueno… Amable y negociante —sonrió de nuevo el simpático médico—. Había una *suite* libre, y no tenía por qué rechazar un cliente que puede pagarla. No interpreten mal mis palabras, pero…

—Todos trabajamos por dinero —sonrió Armand—. A decir verdad, desconfiaríamos de una persona… altruista, doctor. Usted hará un trabajo, y es lógico que cobre por él. Si quiere cobrar por anticipado, nosotros no tenemos inconveniente.

—No, no, por favor… Dejemos ya el asunto de dinero. Sólo ha salido a relucir casualmente. Mmm… Bien, por teléfono no pudimos extendernos sobre la señorita Lafrance, de modo que espero ahora sus datos sobre las peculiaridades de esa señorita.

—Ya conoce su nombre: Monique Lafrance. Trabaja con nosotros en la revista semanal literaria *Les Jours de Paris*. Sin falsa modestia, le diremos que ella y nosotros dos somos los ejes, en los que gira la revista. Especialmente ella, es de una amenidad, profundidad y calidad literaria sólo comparable a su habilidad para escoger los temas o noticias que le interesan al público. Le hemos traído un par de ejemplares, por si quiere leer algunos de sus artículos —Jean Fabert los sacó de un bolsillo interior del gabán y los tendió al médico, que tras una curiosa mirada los dejó a un lado —. Ya hace un par de años, Monique tuvo su primera… crisis mental. Ignoramos los motivos. Mejor dicho, no conocemos ningún motivo por el que ella pueda haberse… desequilibrado un poco. Bien… Fue enviada a Roma por nuestro director, para cierto reportaje. No llegó a Roma. Naturalmente, nos interesamos por ella y por su paradero, pero sin resultado. Cuando estábamos auténticamente preocupados, pensando incluso en recurrir a la Interpol, se recibió en París una postal de ella. Llegaba de Honolulu.

—Caramba… ¿Qué había ido a hacer allí?

—Nada. Simplemente, adquirió por su cuenta un pasaje de avión para allá, y se fue. Estuvo dos semanas nadando, dedicándose al *surfing*, a bailar el *hula-hula* con algunos nativos y a comer platos del país. Vacaciones.

—Interesante… —Parpadeó Karl Swarchtz—. ¿Qué explicación dio luego?

—Ninguna. Llegó de Honolulu con una serie de reportajes encantadores. No recordaba lo más mínimo sobre Roma. Nada. Pero los reportajes sobre las Hawái eran tan buenos que nuestro director decidió publicarlos y olvidar el asunto. Seis meses más tarde, fue enviada a Cannes, para escribir los reportajes sobre el festival cinematográfico de aquel año…

—Y envió una postal desde Tokio —sonrió Swarchtz.

—No. ¡Ojalá…! Fue mucho peor. En Cannes, agredió a una famosa actriz americana con una lima para uñas, diciendo que era una… puerca y una…, ejem…, libidinosa. Afortunadamente, un par de actores italianos que había allí evitaron un mal desenlace. No se puede imaginar lo que le costó a *Les Jours de Paris* en dinero y en influencias sacar a Monique de aquel lío. ¿Motivos? Ninguno. Simplemente, parece que no le gustó que aquella actriz hubiese tenido ya cinco maridos.

—¿Es puritana, entonces?

—No. Es normal. Jamás nos había dado a entender que los divorcios la desagradasen. Fue una simple tontería por su parte.

—Asombroso. ¿Ella es casada?

—No.

—Bueno, quiero decir si lo estuvo antes, o tuvo algún desengaño brutal en este sentido amoroso…

—Nunca. Su comportamiento en este sentido es intachable dentro de la revista. Además, usted debe conocerla, doctor: Monique no es la clase de chica que pueda sufrir un desengaño amoroso. Para serle sincero, todo el personal masculino de *Les Jours de Paris* estamos enamorados de ella.

—¿Es muy hermosa?

—Ya la conocerá —sonrió Jean—. Pero no es sólo hermosa, doctor Swarchtz, sino… ¿cómo le diría yo…? Angelical, dulce, inteligente, comprensiva…

—¿La mujer ideal?

—En efecto. Al menos, para nosotros. Todos la queremos, y ella lo sabe. Sin embargo, hace poco menos de un año, atacó a nuestro director, con un zapato, gritando que él la odiaba, y que iba a romperle la cabeza… Fue espantoso.

—Con un zapato… —musitó Swarchtz—. Poco daño podría haberle hecho, supongo.

—Dos meses después lo intentó con una botella rota que sacó de su bolso. Nuestro pobre director, que es una excelente persona de bondad poco corriente, casi sufrió un síncope. A los diez minutos, Monique aseguraba que aquello era mentira, que ella no había querido jamás hacer daño a su querido jefe, y empezó a besarlo delante de todos. Una semana más tarde, salía para la Costa

Brava… Concretamente, para Palamós, uno de los mayores centros de turismo de España. Allá, en un local, actuaba la famosa bailarina «La Rumba», y nos pareció que sería bien recibido por nuestros lectores un extenso reportaje sobre ella, su baile, etcétera… Monique agredió a «La Rumba» con un cuchillo que había robado en el restaurante donde había cenado. ¿Motivos?: que «La Rumba» la miraba con envidia, con odio, porque ella acaparaba más que la bailarina las miradas de los hombres.

—Eso es absurdo —musitó Swarchtz.

—Por supuesto. «La Rumba» casi se desmayó cuando el cuchillo pasó rozando su garganta. Por suerte, uno de sus guitarristas intervino… Un tanto rudamente, pero con buenos resultados para todos. Le aseguro que no fue fácil convencer a la Policía española… Pasaron quince días antes de que, por fin, a regañadientes, dejaran salir del país a Monique. A partir de ahí, las cosas se fueron complicando cada vez más a menudo: agresión a un botones de un hotel, a una dama que paseaba con su perrito faldero, a un pianista famoso… La última que ha hecho ha sido en Ginebra, precisamente. Y dada la proximidad de su sanatorio, decidimos que era llegado el momento de hacer algo más que ir apaciguando por el mundo los ánimos de la gente agredida. Su fama, doctor Swarchtz, es tan buena que hemos querido aprovechar la estancia de ella en Ginebra para traérsela.

—¿Qué ha hecho en Ginebra?

—Se publicó en el *Der Strasse*, ayer. Desde uno de los teléfonos de línea directa del vestíbulo del hotel…, el Genova Hotel…, llamó a la Policía, asegurando que querían asesinarla. Que había un complot contra ella en el hotel, y que la estaban esperando, en el vestíbulo, para matarla, más de treinta personas, porque la odiaban. Insistió tanto, incluso llorando, que la Policía envió allá un coche con agentes… Cuando Monique vio aparecer a los policías, se levantó del sillón en el cual leía tranquilamente una revista, y se lanzó contra un grupo de pacíficas personas, chillando, lanzando zarpazos a todos lados, diciendo que «a ver si se atrevían ahora a atacarla…».

Jean Fabert no dijo más. Se quedó mirando a Karl Swarchtz, que tenía fruncido el ceño. El médico tardó algunos segundos en musitar:

—Francamente, señores, el caso me parece un poco… grave. Los síntomas de paranoia están bien claros. Sin embargo, no acepten este diagnóstico hasta que yo lo emita formalmente. Será preciso tener en observación a la señorita Lafrance. Les acompañaré ahora para que se despidan de ella… Y quedará en mis manos. Haré todo lo que pueda.

Capítulo II

Monique Lafrance aceptó sonriendo dulcemente la presentación que Marlene Moeller hizo de Karl Swarchtz, y le tendió la manita con impulsivo gesto.

—Es usted un gran tipo, doctor… —exclamó—. ¡Parece que aquí no hay otro feo que Konrad! ¿Por qué no lo despide?

—Bueno… —sonrió Swarchtz—, pensaré en ello. Sin embargo, le aseguro que Konrad es una buena persona y un excelente colaborador.

Monique tomó de un brazo al médico y se lo llevó hacia el ventanal, apartándose así ambos de los demás.

—Doctor —musitó la muchacha—, Konrad me odia porque yo soy sincera y le he dicho que es feo. Pero le temo menos a él que a la doctora. Ella es una hiena.

—¿Una… hiena, señorita Lafrance?

—Sí, sí… También me odia, y está pensando en el modo de perjudicarme. Pero yo soy demasiado lista… Ya he conocido personas como ella, antes de ahora. Son hipócritas. Pues bien: yo también sé ser hipócrita… Le he dicho a la doctora que tomaremos juntas el té esta tarde, y que seremos amigas… Pero la estoy engañando, para confiarla. Cuando ella intente algo, no me pillará desprevenida.

—Ah…

—¿Cuento con su ayuda, doctor? Usted sí parece una persona en quien se puede confiar.

—Se lo agradezco. Naturalmente, puede contar con mi ayuda, señorita Lafrance. Pero sólo si usted decide confiar en mí.

—¡Oh, sí!…

—Bien… En ese caso, la ayudaré. Vigilaré a la doctora… Pero usted no haga nada sin consultarme. Podría ser peligroso, ¿comprende? Cuando quiera hacer algo, consúlteme antes. Yo la

atenderé en todo momento. Si vigilamos juntos y tomamos decisiones juntos, todo será más fácil.

—Sí… ¡Estupendo! —rió ella nerviosamente—. Tengo hambre.

—¿Tiene…? Ah, sí… Bien, dentro de una hora almorzaremos. Mientras tanto, puede descansar un rato aquí, o en el salón, si lo prefiere. Hay gente muy simpática allá, señorita Lafrance.

—Quizás haya algún enemigo mío…

—No, no… Se lo garantizo. Haremos una cosa: mientras usted se distrae en el salón con los demás huéspedes, yo sonsacaré a la doctora Moeller. Es posible que logre saber por qué ella la odia a usted. Así podremos vigilarla mejor.

—¡Bien! ¡Magnífico, doctor Swarchtz…! Oh, yo… ¿No podría llamarlo Karl, doctor?

—Naturalmente que sí. Y no olvide que soy su amigo.

—No lo olvidaré. Gracias, Karl.

—Guido la acompañará al salón…

—Primero tengo que ordenar todo mi equipaje. Soy muy cuidadosa y metódica, Karl. Yo misma bajaré cuando lo tenga todo en orden.

—Estupendo. Y ahora, sería conveniente que se despidiera de los señores Fabert y Lamotte.

Éstos estrecharon pocos segundos después la manita de la hermosa muchacha de los enormes ojos azules, y sonrieron un tanto crispadamente cuando ella los besó a ambos en las mejillas.

—Habéis prometido venir a verme —recordó.

—Haremos lo posible por venir mañana mismo —aseguró Armand.

—Si el doctor lo permite —puntualizó Fred.

Monique Lafrance se volvió vivamente hacia Swarchtz, que sonrió simpáticamente.

—Naturalmente que lo permito. Es más: si ustedes no cumplen su palabra, enviaré a buscarlos.

Monique Lafrance sonrió, muy brillantes los ojos, con una conmovedora expresión de agradecimiento. Jean y Armand se fueron por fin, acompañados de Marlene Moeller y Karl Swarchtz, detrás de los cuales salieron Guido y Konrad, dejando sola a la muchacha, según sus deseos.

—Parece que la crisis se va agudizando —comentó Swarchtz,

mientras recorrían los pasillos—. Esta misma tarde la someteré a algunos electroencefalogramas, sin embargo. Hasta entonces, no puedo emitir un diagnóstico correcto.

—Lo comprendemos… No queremos insistir en lo del dinero, doctor Swarchtz, pero… Bien, si algo no sale bien, que no sea por falta de dinero… ¿Comprende?

—Sí, claro… ¿La señorita Lafrance solamente habla francés?

—¿Por qué lo pregunta?

—Hay personas de diferentes nacionalidades en mi clínica, señor Lamotte. Si ella solamente habla francés, tendré que arreglar las cosas de modo que se relacione con quienes también lo hablan.

—Claro… Bien, ella habla francés e inglés correctamente. Inglés… americano. Estuvo hace unos años en Los Ángeles, cuando…

—¿Sí? ¿Por qué se calla, señor Lamotte?

—Bueno… Fue una gran decepción para ella. Parece que le habían prometido hacerla estrella de cine. Hubo mucho… jaleo, y al final regresó a Francia, con una gran sensación de fracaso.

—Muy interesante esa cuestión… —murmuró Swarchtz—. Y digna de ser tenida en cuenta. Bien, ella habla entonces inglés y francés. Procuraré…

—También habla un poco el español, y algo el alemán. Más español que alemán.

—Bueno… Si habla inglés, francés, español y alemán, no creo que tenga ninguna dificultad en el salón, para entenderse con los demás clientes.

—¿Sabremos algo mañana?

—Cuando ustedes vengan a visitarla, tendré mis notas en orden. Y repito que hasta entonces no puedo garantizar nada.

—Lo comprendemos. Ha sido usted muy amable… Hasta mañana, doctor. Hasta mañana, doctora Moeller.

Finalizaron las despedidas, los dos entraron en el auto, y salieron de espaldas, hasta poder girar para enfilar hacia la salida del sanatorio, recorriendo de nuevo los nevados jardines. Poco después cruzaban la verja y salían a la carretera.

—¿Regresamos a Ginebra ya? —preguntó Lamotte, al volante.

—Claro. Nuestra solicitud parecería excesiva si nos quedásemos en Versoix. Y, a fin de cuentas, Ginebra está muy cerca de aquí.

Durante unos segundos viajaron en silencio, Lamotte atendiendo al volante y Fabert mirando con preocupada expresión hacia las aguas del lago Leman. A lo lejos, como flotando en el ángulo sudoeste del lago, se veían algunos de los altos edificios de Ginebra, como sombras tan tenues que más bien parecían caprichosos dibujos en el encapotado cielo. Las aguas del lago se veían de un color plomo tan sombrío que incluso encogía el ánimo. Pero mirando hacia la derecha, el paisaje era más bonito, más dulce, con sus abetos sosteniendo pequeños montoncitos de nieve en sus ramas, y la blanca capa sobre el suelo…

—No me gusta —musitó de pronto Jean Fabert—. Esto es cosa de locos. No me gusta nada dejarla ahí, ni creo que dé resultado esta imprudencia…

—Es mejor no pensar en ello.

—¿Así de fácil? La dejamos en una ratonera gigante, sin saber exactamente cómo pueden irle las cosas…

—Ella no es una ratita —rió Lamotte—. Oh, vamos, deja de preocuparte. Sabes muy bien que ella tiene recursos de sobra para salir triunfante de cualquier situación.

—Ojalá lo consiga… Me gustaría saber qué está haciendo en estos momentos…

Por fin, las maletas habían quedado vacías, y todo el equipaje estaba colocado en el gran armario empotrado. Colocado con gran orden y sentido práctico, metódicamente. Incluso con los ojos cerrados, la señorita Lafrance podría conseguir en cualquier momento lo que precisase de su armario.

Lo único que había quedado fuera era el maletín rojo con florecillas azules estampadas, que tras sacarlo de una maleta lo había dejado sobre la cama. En aquel momento, estaba mirando como absorta su contenido. Acabó por sonreír inexpresivamente, lo cerró, y lo metió también en el armario, sobre la pila de maletas dejada en el rincón de la izquierda. Luego, la señorita Monique Lafrance se dio una vuelta por la elegante y espaciosa *suite*, que en modo alguno sugería pertenecer a una clínica o sanatorio, sino más bien a un confortable hotel de lujo. La *suite* constaba de tres piezas: dormitorio con baño, un pequeño cuarto destinado a escritorio, y sala de estar; ésta y el dormitorio tenían vistas al exterior, a los

nevados jardines. Los cuales, ciertamente, no merecieron el menor interés por parte de la señorita Lafrance.

Lo que sí mereció su interés, y muy detenido, fueron los cuadros, mesitas, sillones, floreros, lámparas, alfombras… Cualquier cosa bajo la cual o tras la cual pudiera haber escondido algo de reducido tamaño. También examinó los rincones del suelo y el techo de las tres piezas, y la librería pequeña. Y los espejos del tocador, del baño, y el de la salita, que tenía un precioso marco de ébano. En diez minutos, la señorita Lafrance lo examinó todo, con aparente negligencia, pero muy atentos sus tremendos, divinos ojos azules.

Finalmente, fue al maletín rojo con florecillas azules, sacó de allí un paquete de cigarrillos ingleses, lo destapó, y sacó uno de ellos. Lo encendió, volvió a mirar especulativamente el entorno, con los ojos entornados, y se decidió a abandonar la *suite*.

Un par de minutos más tarde, orientada por una amable enfermera de blanquísimo uniforme, encontraba el salón. Entró en él mirando a todos lados, sonriente. Los tacones de sus zapatos no hicieron el menor ruido al pisar sobre la gruesa alfombra, pero todos alzaron la cabeza y la miraron fijamente, intensamente. El salón era grandísimo, con media docena de ventanas al jardín. Confortable, cálido, serio y elegante. Sillones, mesitas, sofás, librería, aparato de radio y televisión, bonitas lámparas, cuadros de firmas acreditadas… Todo perfecto y soberbio.

Había unas veinte personas allí, de las cuales cinco eran mujeres. Dos ancianas, una de mediana edad y dos muchachas jóvenes, no demasiado bonitas precisamente. Los hombres eran todos más bien de edad madura, e incluso había tres ancianos. Dos de ellos estaban jugando al ajedrez, uno a cada lado de una mesita, en un rincón. Sentado junto a ellos, otro hombre, de unos cuarenta años, ojos negros, mirada viva y penetrante, rostro duro, cabellos lacios y grandes orejas, parecía haber estado dedicado hasta entonces a contemplar la partida. Las dos ancianas habían estado charlando, pero quedaron en silencio al aparecer la nueva clienta de la clínica. También había un grupo de seis hombres que habían estado conversando, repartidos en dos sofás encarados. Los demás leían libros o periódicos, excepto uno, que se dedicaba a escribir, solo en una mesita del rincón opuesto al de los jugadores de ajedrez…

—Buenos días —saludó Monique.

Hubo un murmullo prolongado de respuesta. De pronto, todos dejaron de mirarla. El que escribía continuó su carta, los jugadores de ajedrez volvieron su mirada al tablero, las viejas continuaron charlando.

Monique se sentó en uno de los sillones apartados, cerca de una de las grandes y altas ventanas, y continuó fumando, un tanto nerviosamente, mirando de reojo, con recelo, a los personajes que ocupaban el salón. Al mirar a una de las chicas jóvenes, ella sonrió. Era rubita, de cabellos largos y lacios, y tenía unos grandísimos ojos de un color gris muy claro, que parecían mirar para adentro. Quizá tendría veinte años. Era delgada, muy pálida, de pecho casi liso, un poco huesuda. No tenía la menor elegancia en el vestir, ni parecía que jamás hubiese pensado en semejantes cosas. De pronto, la joven rubia y flaca se puso en pie, y fue a sentarse delante de ella, en otro sillón, siempre sonriendo tímidamente, como asustada.

—Me llamo Pamela —musitó—. Pamela Higgins.

—Yo soy Monique Lafrance —dijo ésta, también en inglés.

—Ah, es francesa… Yo hablo un poco el francés, pero…

—No importa. Yo sí hablo inglés.

—Sí, ya veo… Usted es nueva, ¿verdad?

—He llegado hoy, sí.

—No, no me refiero a eso… Quiero decir que nunca antes ha estado aquí… ¿O sí?

—No. Nunca… ¿Usted sí?

—Oh, sí… ¡Muchas veces!

—Ah… ¿Los demás también han estado muchas veces?

—La mayoría. Las dos señoras ancianas llevan aquí mucho tiempo… Desde hace un año que voy viniendo de cuando en cuando, siempre las encuentro aquí. Están locas. Yo no.

—Claro —sonrió Monique; y añadió vivamente—: Yo tampoco estoy loca.

—Ya se ve —rió Pamela—. ¡Lo comprendí nada más verla…! Usted es muy bonita, Monique.

—¿Lo cree de veras? Muchas gracias, Pamela.

La jovencita rubia acercó más su sillón al de Monique.

—¿Sabe? La mayoría de los que están aquí están locos. Pero los dejan salir, alguna vez. A mí también, porque, claro, a los pocos

días de estar aquí comprenden que no estoy loca. Sólo hago algunas cosas raras, de cuando en cuando. Entonces, me traen aquí, y cuando salgo me encuentro mucho mejor. Aquí se está muy bien, muy tranquila.

—Estupendo. Yo también quiero estar tranquila. ¿Usted los conoce a todos, Pamela?

—Sí, sí… A la mayoría. Hay un par nuevos, pero los demás casi siempre los veo. Bueno, algunas veces, quiero decir.

—Entiendo. ¿Conoce sus nombres?

—¡Claro!

—¿Hay alguno que se llame Maximilian?

—No… ¿Por qué?

—Porque no me gustan las personas que se llaman Maximilian.

Pamela Higgins se sorprendió. Alzó las cejas, quedó luego pensativa unos segundos, y, por fin, asintió con la cabeza, seriamente.

—Tiene razón… Una persona que se llame así no es de fiar.

—Eso pienso yo.

—Yo también, ahora que usted lo dice… ¿Hay algún nombre que le guste a usted?

—¡Sí! ¡Archibald!

—Ah… Pues lo siento, pero no hay nadie que se llame Archibald.

—Yo no quería venir aquí… ¿Ve cómo tenía razón? ¿Por qué venir aquí, si no hay nadie que se llame Archibald?

—Tiene razón —aprobó con entusiasmo Pamela—. A mí también me gusta ese nombre. ¿Le gustan a usted las flores?

—¡Claro que sí!

—Pues luego se las enseñaré… ¡Son muy bonitas!

Ahora fue Monique Lafrance quien se sorprendió.

—Pero no hay flores ahora… No he visto ninguna, Pamela.

—¡En el invernadero! —Rió la rubita—. ¡Hay miles de flores en el invernadero! ¿Acaso pensó que estaba loca de verdad?

—Es que no sabía que aquí hay un invernadero. Pero sé que usted no está loca. Si lo estuviera, no le gustarían las flores.

Pamela Higgins quedó de nuevo pensativa unos segundos, antes de volver a asentir con auténtico entusiasmo.

—Es verdad… Si yo estuviera loca, no me gustarían las flores.

—Veo que no hay ningún chino aquí.
—¿Chino? ¿Chino amarillo?
—Sí. Un chino amarillo, de China.
—Pues no… No hay ninguno. ¿Por qué?
—No me gustan los chinos.
—A mí tampoco… —Se entusiasmó aún más Pamela—. ¡Le aseguro que no me gustan los chinos!
—Menos mal. Creí que habría aquí algún chino.
—No. No hay ninguno.
—Es que no me gustan los chinos.
—Tampoco a mí. Afortunadamente, no hay ningún chino aquí.
—Me alegro de que no haya ningún chino.
—Los chinos no me gustan nada —dijo enfáticamente Pamela.
—Ni a mí.
—¿Por qué será que no nos gustan los chinos?
—No sé. Pero no me gustan.
—A mí tampoco. Detesto a los chinos.
—A mí no me gustan.
—Ni a mí.
Se quedaron silenciosas unos segundos. Por fin, Monique ofreció de sus cigarrillos ingleses a Pamela, que aceptó encantada.
—Es tabaco inglés —dijo Monique.
—Sí. Es tabaco inglés. ¿Le gusta el tabaco inglés?
—Mucho… ¡Más que ninguno!
—A mí también me gusta el tabaco inglés… ¿Cree que estoy loca por eso, Monique?
—¡Claro que no! Porque entonces, yo también estaría loca. Me gusta el tabaco inglés.
—También a mí, de verdad.
—Alemanes sí debe de haber —sugirió Monique.
—Ah, sí. Alemanes sí hay algunos. Pero todos están locos.
—Pobres… Japoneses tampoco debe de haber, ¿eh?
—No, no. ¿Le gustan los japoneses?
—Nada. Ni así.
—A mí tampoco.
—A usted, ¿quiénes le gustan, Pamela?
—Oh, los ingleses… —sonrió cortésmente—. Y los franceses también, naturalmente.

—A mí también me gustan los ingleses.

—Yo soy inglesa.

—¡Qué suerte tiene!

—Usted también tiene suerte de ser francesa.

—Es verdad. ¿Son peligrosos?

—¿Los ingleses o los franceses?

—Los locos que hay aquí.

—Ah… No. Son buena gente. Están locos, pero nada más. El otro día, aquel señor, que es un conde italiano, o algo así, me llevó de paseo al invernadero. Fue muy amable conmigo. Yo también fui muy amable con él.

—¿Sí?

—Bueno… Él no me lo pidió, se lo aseguro. Es un caballero. Pero fue tan amable que le dije que podía hacerlo, si quería.

—¿Y quiso?

—Oh, sí. ¡Fue tan amable…! Creo que lo amo… Bueno, al menos lo amé entonces. Ya se lo demostré.

—Él es muy afortunado. ¿Hay suecos aquí?

—No.

—¿Y esquimales?

—Tampoco, tampoco.

—Lástima… Ellos sabrían hacer casas con la nieve… Los esquimales saben hacer muchas cosas con la nieve.

—Es verdad… Lástima que no haya ningún esquimal aquí.

—Pues bueno: si no hay esquimales, ni chinos, ni japoneses, ¿quién hay aquí?

—Oh, alemanes, franceses, italianos, un americano, un ruso, algunos ingleses, dos suizos… Europeos. Menos el americano. Es simpático, aunque no sea europeo. Es aquél que está leyendo un libro… El que no tiene cara de estar loco… del todo.

Monique se echó a reír, guturalmente, llamando la atención de todos. Se inclinó hacia Pamela.

—Si hay un ruso —rió—, se debe de pelear mucho con el americano, ¿no es cierto?

—No… —rió también Pamela—. ¡No se pelean!

—Son amigos, entonces.

—Tampoco.

—¡Qué raro! Los rusos y los americanos, o son muy amigos, o se

pelean…

—Es verdad…

—¿No se pelean ni son amigos, ellos dos?

—No, no. De verdad. Nunca se hablan.

—¿No se insultan?

—No.

—Entonces —Monique dictó sentencia alzando enérgicamente un dedito—, es que de verdad están locos los dos.

Se echó a reír nuevamente, y Pamela Higgins la imitó, encantada de la vida, hipando agudamente, estremeciéndose.

—¡Ya le he dicho que todos están locos!

—Menos usted y yo, Pamela. Mire… Le había dicho a la doctora Moeller que tomaría el té con ella esta tarde, pero no lo haré… Me parece que me odia. ¿A usted la odia?

—No sé… Quizá sí, y no me he dado cuenta.

—Tenga cuidado con ella. Aunque a lo mejor sólo me odia a mí. Sí… Eso debe de ser.

—Eso debe de ser.

—¡Cuidado! El ruso nos está mirando…

Pamela se encogió, amedrentada, mirando de reojo hacia donde indicaba la mirada de Monique.

—No… —musitó luego—. Aquél no es el ruso. El ruso es el que está mirando cómo juegan al ajedrez el señor Von Hampfler y *monsieur* Verinet.

—¡Tiene unas orejas grandísimas!

—¡Es verdad! —volvió a reír Pamela—. ¡Tiene unas orejotas grandísimas!

—Tremendas. Parecen las de un elefante.

—¡Las de un elefante, es cierto!

—¿Le gustan los elefantes, Pamela?

—No sé… ¿Y a usted?

—¡A mí muchísimo…!

—A mí también, es verdad. ¡Me entusiasman los elefantes!

—Son tan buenos… Quieren mucho a sus hijos… ¿Usted quiere a sus hijos, Pamela?

—¿Y usted? ¿Los quiere usted, Monique?

—Es que yo no tengo.

—¡Ah! Yo tampoco, tampoco… Me parece que tuve uno una vez,

pero he debido de perderlo… Sí, creo que lo perdí, o algo así… No recuerdo bien. Me parece que era rubio…

Monique miraba fijamente a Pamela Higgins, que había dejado de hablar, con la boca abierta aún en un gesto de estupefacción. Sus cejas se fruncieron luego. Y de pronto se echó a llorar impetuosamente, con un sentimiento profundo, desgarrador. En pocos segundos, su rostro quedó completamente bañado en lágrimas.

Antes de que Monique pudiera reaccionar, una enfermera apareció en el salón, corriendo de verdad, hacia Pamela Higgins. Le pasó un brazo por los hombros, ayudándola a levantarse. El desconsuelo de la rubia jovencita era total, sobrecogedor. También Monique se puso en pie.

—Yo… yo-yo sólo estaba… hablando con ella y…

La enfermera sonrió a la fuerza.

—Es hora de almorzar… —dijo un tanto secamente, alzando la voz—. Todos a almorzar, damas y caballeros. Y luego, a descansar un par de horas.

Todos se pusieron en pie, mansamente, dócilmente. Monique no sabía qué hacer, mirando apenada a Pamela, que continuaba llorando de aquel modo impetuoso, copioso en lágrimas.

—Siento lo ocurrido… No le he hecho nada… Nada. Es muy simpática…

—No se preocupe, señorita Lafrance. Vaya con los demás a almorzar. Y luego a descansar un par de horas. A las cinco, el doctor Swarchtz la examinará.

Capítulo III

Monique Lafrance estaba tendida en una camilla metálica, con los pequeños electrodos adheridos a diversos puntos de su cabeza. En una mesita auxiliar, cerca de ella, el encefalógrafo hacía ya rato que iba expeliendo la ancha cinta de papel especial, de un color rosa claro, en la cual se veían las diferentes curvas que trazaba la aguja, en negro. Una aguja de gran sensibilidad, que se movía a derecha e izquierda muy velozmente. La cinta continuaba brotando, llenándose de garabatos.

Y junto al aparato, Marlene Moeller y Karl Swarchtz, que contemplaban con el ceño fruncido los dibujos, cambiando de cuando en cuando una mirada perpleja.

Por fin, Swarchtz detuvo el encefalógrafo, se colocó junto a Monique y le sonrió afablemente.

—Con esto hemos terminado… —dijo—. ¿Está cansada?

—No.

—Magnífico. La doctora Moeller le quitará ahora los electrodos.

Los grandes y hermosos ojos azules de Monique se abrieron mucho, y Karl Swarchtz comprendió. Sin hacer ningún comentario, fue él mismo quien se dedicó a desprender las pequeñas pastillas eléctricas de la cabeza de la muchacha, mientras Marlene Moeller cortaba la cinta de papel y la iba plegando sin apretarla. Luego, esperó a que Swarchtz ayudase a Monique a incorporarse en la camilla, y a saltar al brillante suelo.

—¿Cómo… cómo estoy? —inquirió Monique, tensa.

—Hay que estudiar bien los gráficos, y las demás pruebas —sonrió siempre amablemente Swarchtz—. Mañana sabremos las cosas que nos dicen los aparatos y las pruebas.

—Yo me siento muy bien, Karl.

—Naturalmente. Estoy convencido de que con una semana o dos de descanso aquí, podrá volver a su trabajo.

—Claro… Ya lo sabía… ¿Qué hago ahora?

—Puede ir al salón, si quiere, a conversar con sus compañeros. La mayoría son muy inteligentes, y tienen conversaciones de verdad interesantes.

—No sé… No lo parece. ¿Estará Pamela?

—Mucho me temo que la señorita Higgins no podrá bajar al salón esta tarde. Oh, Monique, quisiera pedirle un favor… Es respecto a la señorita Higgins: por favor, no le hable de hijos. ¿Entiende?

—¿Por qué no?

—Bueno… Digamos que es un favor personal que yo le pido.

—Entonces, no le hablaré de hijos. ¿Puedo marcharme?

—La doctora Moeller la acompañará al salón.

—No, no… Iré sola. Ya sé dónde está.

—Bien…

—¿No tomaremos juntas el té esta tarde, señorita Lafrance? —se ofreció amablemente Marlene.

—No me gusta el té —gruñó agresivamente Monique.

Y salió con brusquedad del cuarto. Durante un par de segundos, Swarchtz y la doctora quedaron inmóviles. Luego, él fue adonde estaba flojamente plegada la cinta del encefalógrafo. La desplegó, dejándola caer al suelo, y la fue recogiendo de nuevo, fijos sus ojos en el gráfico. Por fin, miró a la doctora, con el ceño fruncido.

—Me pregunto si podemos pensar que el aparato no ha funcionado bien, Marlene… —musitó.

—Sabes que ha funcionado perfectamente. Y los demás aparatos también. Esa gatita está tan loca como tú y yo, Karl. Muy pocas veces he visto un gráfico que revele un funcionamiento de cerebro tan perfecto y bien controlado. Es más: si comparamos el gráfico de ella con los que tenemos archivados en la sección especial, verás que pertenece al grupo de los más inteligentes. Su presión sanguínea es normal, su corazón es una válvula perfecta, sus nervios no se han alterado ni una sola vez, su gráfico cerebral es impecable…

—Bien… Eso no significa forzosamente que la señorita Lafrance esté exenta de posibles ataques de paranoia. La manía persecutoria es una especie de locura latente, pero no siempre evidente.

—¿A quién estás intentando convencer? —Sonrió fríamente

Marlene—. ¿A mí… o a ti mismo? Examina todos los gráficos obtenidos, Karl, querido. No hay ni uno solo que indique fallo cerebral, trastorno, deformación, vacío, torpeza… Si representamos el cerebro humano por un círculo, tendríamos que dibujar los cerebros de muchas personas con imperfecciones en ese círculo. Pero el cerebro de la señorita Lafrance deberíamos dibujarlo a compás, querido. Un círculo perfecto, impecable. Si ella está loca, nosotros también lo estamos.

—No digo que esté loca. Sólo que convendría tenerla en observación. Después de todo, yo me fío más de mí mismo, de mis observaciones, que de cualquier máquina.

—Entonces, no deberías usar máquinas. Vamos, vamos, Karl, sé que ella es muy bonita, pero…

Karl Swarchtz abrazó a Marlene por la delgada y esbelta cintura, apretándola contra él.

—Sabes que no me interesa ese aspecto de ella, Marlene… —musitó—. Pero me encantaría que estuvieses celosa.

Marlene Moeller vaciló, pero acabó por sonreír.

Luego besó dulcemente al médico neuropsiquiatra en los labios.

—Perdóname —musitó—. Estoy portándome como una tonta. Pero te amo, Karl.

—Y yo a ti —sonrió él—. Es una vieja cuestión muy agradable para ambos. Y ciertamente, no seré yo quien haga nada que pueda estropear nuestro amor, Marlene.

—Lo lamento… —Ella le besó en la barbilla—. En el fondo, estoy un poco nerviosa, y a veces olvido que antes que nada eres médico.

—Pero no olvido lo demás. Querida, estamos unidos por muchas cosas, y por mi parte no quiero cambiar nada. Pero como tú bien has dicho, antes que nada soy médico.

—De acuerdo —suspiró Marlene—: sigue estudiando a esa hermosa muchacha. Te prometo no tener celos. Pero a cambio, me dejarás hacer una pequeña labor por mi cuenta.

—¿Qué labor?

—Voy a enviar a Otto y a Emil a París. ¿No es allá donde tiene las oficinas esa revista llamada *Les Jours de Paris*?

—Claro. Bien, no tengo inconveniente en eso, Marlene. Tú te ocuparás de esos detalles, y yo seguiré estudiando a la señorita

Lafrance.

—Muy bien. Por mi parte, yo ya estoy convencida de que ella no es lo que parece.

—¿A qué te refieres?

—Supongo que seré yo quien te parezca una loca si digo que esa mujer puede ser una espía, Karl.

—No… No me parecerías loca, Marlene. Estamos metidos en un juego peligroso, en el que predomina la astucia. Y por lo que voy viendo y sabiendo, creo que ya nada me sorprendería. Nos dedicaremos a vigilar a Monique Lafrance, cada uno por un lado. Y si hay algo de ella que no nos guste, la echaremos de aquí.

Marlene Moeller alzó las cejas, entre sorprendida y divertida.

—Sí… Claro… Si hay algo de ella que no nos guste, la echaremos de aquí.

Swarchtz asintió con la cabeza.

—Por cierto, ahora que recuerdo: va a venir esta tarde el periodista británico a ver a Loomis.

—¡Periodista! —Exclamó despectivamente Marlene—. Ese hombre pertenece al MI5, querido: al servicio de contraespionaje inglés. Y viene a ver a Loomis precisamente para saber algo de cuestiones de espionaje. Es natural que el MI5 esté intranquilo.

—Bueno… Loomis calmará a ese periodista o lo que sea, de todos modos. Ya le convenceremos de que todo está bien por aquí.

—¿Crees que Loomis está en condiciones de recibir esa visita?

—Si no lo creyese, no la habría autorizado. Iré a poner en orden los datos sobre Loomis, mientras espero al periodista… o lo que sea.

—Un espía británico —insistió la Moeller—: no te quepa la menor duda sobre eso. Y lógicamente, se interesa por el estado mental de su compañero. Un espía que pierde aunque sea temporalmente la razón, es como una bomba de tiempo colocada en un lugar que nadie conoce… Pero que puede estallar en cualquier momento. No me sorprendería que quisiera llevárselo a Inglaterra.

—Sí, es posible… ¿Qué haremos entonces?

—Aceptar, naturalmente. ¿Acaso quieres que sospechen de nosotros?

—No… —Se estremeció Swarchtz—. Sería horrible, después de todo lo que hemos conseguido hasta ahora, de lo que hemos hecho. Todo va según mis planes, y no pienso permitirme el menor fallo.

Bueno, ya veremos qué dice el británico que viene a ver a Loomis. Intentaré convencerle de que es mejor no hablar con Loomis, pero…

—Sé cauteloso. Los espías profesionales son huesos muy duros de roer, Karl.

—Lo he comprendido ya. Hasta luego.

Volvieron a besarse, apasionadamente, abrazándose con fuerza. Luego, Karl Swarchtz salió del cuarto, pensando en aquel británico que llegaría de visita aquella tarde. Y con más intensidad todavía en la hermosa muchacha de los divinos ojos azules. ¿Una espía la señorita Lafrance…? ¡Tonterías!

La señorita Lafrance dio un par de vueltas por el salón, después de estar algunos minutos contemplando cómo la nieve caía en el jardín, cubriéndolo completamente de blanco. De cuando en cuando, un montoncito de nieve resbalaba de una rama de abeto, tras doblarla bajo su peso. Los copos caían despacio, dulcemente. El cielo parecía blanco, o gris muy claro, pero se adivinaba ya una negrura densa por Oriente…

Por fin, tras un par de vueltas mirando a todos y escuchando a todos, aceptando impávida las miradas de reojo, Monique Lafrance se sentó junto a un hombre que estaba solo, en un sillón, leyendo un periódico.

—Perdone… —musitó—. ¿No ha visto a Pamela?

El hombre alzó la mirada y la contempló casi hoscamente unos segundos, antes de mascullar:

—*I’m sorry… Don’t speak french.*

—Oh, es usted inglés… —dijo ella, en este idioma—. Yo hablo inglés, señor… señor…

—Plasman. Soy americano.

—Ah… Americano… Sí, Pamela me dijo que había un americano aquí… ¿No ha visto a Pamela? A la señorita Higgins.

—La señorita Higgins puede agradecerle a usted el no estar aquí esta tarde.

—¿Có… cómo…? Perdone, señor Plasman, no-no comprendo.

—Usted le provocó una crisis aguda.

—¿Yo? Pe-pero… Bueno, yo sólo le hablé de esquimales, y de elefantes… De tonterías. Y ella estaba tan bien conmigo, parecía tan contenta y juiciosa…

—¿Juiciosa? Mire, yo no sé qué tal está usted de la cabeza, pero le aseguro que Pamela Higgins está completamente loca. Hay que tener mucho cuidado con ella, señorita…

—Lafrance. Monique Lafrance… Soy francesa.

—No me diga.

El americano se la quedó mirando, todavía un tanto hoscamente, pero con una chispa de ironía en sus oscuros ojos. Plasman debía de tener unos cuarenta años, era alto, fornido, de hombros rectos y firmes, mandíbula agresiva.

—Bueno… Siento lo ocurrido, pero le aseguro que mi intención no era mala. Ella vino a hablarme… Me dijo que no estaba loca, y parecía tan simpática…

—¿Le dijo que no estaba loca? ¿Y qué? ¿Admitiría usted que sí lo está, señorita Lafrance?

—¿Yo? ¿Yo loca?

—Usted.

—Yo no estoy loca.

—Oh, claro, claro… Yo tampoco. ¿Me cree?

—Sí, señor. Desde luego…

—Con lo cual demuestra que usted sí está loca… ¿Qué cree que hacemos todos aquí? ¿Reunión de familia? Todos los que estamos en este lugar estamos… no demasiado bien de la cabeza, señorita Lafrance. Unos peor que otros, desde luego. Hay quien viene a descansar, a recibir un tratamiento determinado de una, dos o tres semanas… Y hay quien se pasa aquí meses, o años.

—¿A qué grupo pertenece usted?

—Al de los menos locos.

—Ah… Al mismo que yo.

—Permítame dudarlo.

Monique Lafrance se mordió los labios. Estuvo unos segundos mirando fijamente a Plasman, de un modo obsesivo, penetrante… De pronto se levantó y se fue velozmente al otro extremo del salón. Se detuvo allí, junto a la mesita donde estaba el tablero de ajedrez, ahora inactivo. Plasman estuvo unos segundos mirándola, sorprendido. Acabó por encoger los hombros y continuar con su lectura.

Monique tocó con un dedito algunas piezas del juego de ajedrez. Por fin se sentó, canturreando por lo bajo, y comenzó a mover las

piezas negras, iniciando un feroz ataque… sin respuesta.

—¿Jugaría una partida conmigo, señorita? —dijo alguien tras ella, en ruso.

Ella se volvió, y miró sonriendo tímidamente al hombre de las grandes orejas y negros ojos penetrantes.

—Perdone… —musitó, en inglés—. No comprendo su idioma…

—Lo siento… —dijo él, en inglés casi perfecto—. Me llamo Henrik Movenko. Soy ruso.

—¿No habla francés?

—No. Lo siento. Sólo inglés.

—Pues hablaremos en inglés, señor Nofenko…

—Movenko. Movenko.

—Bueno, da lo mismo… ¿Le importaría jugar con las blancas?

—No, por supuesto.

El ruso se sentó, mientras Monique recogía las piezas negras, colocándolas por orden en sus dos filas. De pronto, miró al ruso.

—Me llamo Monique Lafrance. Soy francesa.

—Sí, ya lo he comprendido. Habla muy bien el inglés, pero se comprende enseguida que es usted francesa… ¿Se ha enfadado con el americano?

—Es un estúpido.

—¿De veras lo cree? —Sonrió ampliamente Movenko—. Bueno, la verdad es que no resulta muy sociable. ¿La ha molestado él?

—Ha dicho que creía que yo estaba loca.

—Ah…

—¿Y usted, señor Movenko? ¿Lo cree?

Henrik Movenko se quedó mirando atentamente, con sus negrísimos ojos, aquellos otros, tan limpios, tan azules. Por fin, volvió a sonreír.

—La verdad, señorita Lafrance, es que los que venimos aquí estamos un tanto… excitados. O descentrados mentalmente, mejor dicho. La mayor porte de nosotros estamos agotados por exceso de trabajo y preocupaciones, y eso nos ocasiona una crisis mental, un… desajuste cerebral. Algo así. Pero de eso a estar locos… Vaya, francamente, yo no lo creo.

—Ah… —Monique sonrió luminosamente—. Usted es mucho más inteligente que el americano, señor Movenko. Y, además, tiene mucho tacto… ¿A qué se dedica usted? ¿Es médico, quizá? ¿O

ingeniero, o…?

—Soy diplomático.

—Entonces, no me sorprende que tenga usted tanto tacto y delicadeza… ¿Sabe qué me dijo Pamela…, la señorita Higgins? Que todos los que estaban aquí era por locos completos. Menos ella, claro… Y ahora resulta que ella es la más loca de todas… Bueno, quiero decir que…

—La entiendo. ¿Quiere salir, por favor?

Señaló el tablero y Monique sacó el caballo del rey, con lo que se ganó una estupefacta mirada del ruso. Pero enseguida Movenko reaccionó, adelantando su peón del rey.

—¿Usted ha estado otras veces aquí, señor Movenko, o también eso era imaginación de la señorita Higgins?

—He estado algunas veces… Pocos días cada vez. Es un descanso, un sedante que me va muy bien, estar aquí cinco o seis días. Y a usted también le sentará bien, ya verá.

—¿Quiénes son aquí los más locos? Apuesto a que el americano se pasa la vida aquí dentro.

—No creo. Algunas de las veces que he venido no estaba él. Por favor, señorita Lafrance: no quiero molestarla, pero… ¿jugamos o no jugamos?

—Oh, sí… Perdone.

Adelantó el otro caballo, con lo que Henrik Movenko quedó de nuevo estupefacto. Pero ahora, por muchísimo menos tiempo. Entornó enseguida los ojos, mirando aviesamente a la muchacha.

—¿Qué clase de trampa me está tendiendo usted? —murmuró.

—¿Trampa? —Se sobresaltó ella.

—Ha sacado los dos caballos, sin mover nada más… ¿Qué es lo que quiere hacer con ellos?

—Bueno… Estamos jugando una partida, ¿no? No querrá usted que le diga en qué pienso emplear mi caballería, señor Movenko.

—¿Qué apertura ha utilizado usted?

—Ninguna especial ni determinada. Juego por instinto.

—¡Por instinto! —Bufó el ruso—. Está bien, jugaremos a su modo. Pero mucho me temo que no va a durarme usted ni cinco minutos.

—Podríamos apostar algo —sonrió Monique.

—¿Dinero? —sonrió Movenko.

—No, no… ¡Qué ordinariez! Podemos apostar preguntas.

—¿Preguntas? —Se pasmó el ruso.

—Sí… Mire, si gana usted, podrá hacerme cinco preguntas a cuál más indiscreta sobre mi persona. Si gano yo, le haré preguntas a usted.

—¿Qué clase de preguntas?

—Oh, sobre cosas íntimas, ¿comprende?

—Bueno… —vaciló el ruso—. No me parece muy correcto…

—Pero es divertido. ¿Nunca lo ha hecho antes?

—No.

—Le aseguro que se divertiría. Naturalmente, están permitidas TODAS las preguntas.

El soviético entornó los ojos, y acabó sonriendo astutamente.

—Muy bien —aceptó—. Quien gane, tendrá derecho a hacer cinco preguntas indiscretísimas al otro. Muevo el alfil.

—Y yo este peoncito de nada…

Capítulo IV

—Bien, señor Pearson: ¿tiene alguna pregunta más que hacerme? —sonrió Karl Swarchtz.

—Pues… no. Ninguna… —El rubio británico de ojos grises y cuerpo atlético cerró su bloc de notas, sonriendo también—. Ha sido usted muy amable, doctor.

—Lo corriente. Mis pacientes y sus amigos son siempre bien atendidos en esta casa.

—Muchas gracias. Pero debo recordarle que no soy amigo del señor Loomis. Solamente un periodista que ha aprovechado la ocasión del internamiento… temporal de un compatriota para escribir un artículo sobre su famosa clínica. Le enviaré un ejemplar del periódico… Y espero que le guste el artículo.

—Estoy seguro de que así será.

—¿Podría ver a Richard Loomis? —preguntó John Pearson.

—Pues… ¿Le conoce él a usted?

—No. Mi presencia le dejará indiferente, si es que teme usted que reaccione… de modo desagradable. No le traeré ningún recuerdo.

—Bueno… Mire, señor Pearson, no quisiera parecerle intransigente, ya ha visto usted que le he dado toda clase de facilidades… Sin embargo, considero que mis pacientes, salvo ocasiones excepcionales, están mejor solos.

—Solamente verlo. No hablaré con él, si así lo prefiere.

Swarchtz vaciló de nuevo. Por fin, se puso en pie.

—Pasaremos por delante del salón. El señor Loomis debe de estar allí y usted podrá verlo. Solamente verlo, desde fuera del salón. ¿Me comprende usted, señor Pearson?

—Desde luego.

Swarchtz señaló la puerta de su despacho y salieron al pasillo, donde el médico volvió a señalar la dirección a seguir.

—¿Conoce usted al señor Loomis?

—No. Todo lo que sé de él es que ocupa un puesto de no sé qué en la Liga de las Naciones.

—Sí, así es. Bien, el señor Loomis es pelirrojo, un poco calvo, lleva lentes… Es más bien grueso, tiene cerca de cincuenta años y, como buen inglés, viste siempre de acuerdo a la ocasión. O sea, que le verá usted con un elegante traje oscuro… —Miró su reloj—. Ya debe de haber tomado su té, naturalmente, pues son más de las seis. Por aquí, por favor. Oh, supongo que ha comprendido usted que le he descrito al señor Loomis para no tener que señalárselo en el salón.

—Sí, naturalmente. Me gustaría verlo de cerca… ¿No podríamos entrar en el salón, como si usted me estuviese mostrando algo? Los periodistas tenemos fama de indiscretos, pero sabemos ser muy discretos cuando es necesario. Él no notará nada. En cambio, si me ven todos parados en la puerta del salón, cualquiera sabe lo que pueden pensar.

—Tiene razón… —admitió Swarchtz—. Le enseñaré algunos de mis cuadros.

Recorrieron el último pasillo, y entraron en el salón, saludando Swarchtz muy amablemente a todos. John Pearson caminaba junto a él, sonriendo, mirando amablemente a todos lados, haciendo inclinaciones de cabeza hacia las damas. Cuando su mirada se posó en la negra cabellera de Monique Lafrance, que estaba de espaldas a él, una chispa brilló fugazmente en los ojos del británico. Pero eso fue todo. Fue con Swarchtz hacia uno de los cuadros, y el médico se extendió durante unos segundos en explicaciones, antes de pasar a otro. John Pearson hacía también sus comentarios, y sólo cuando pasaban a otro cuadro miraba hacia los pacientes de Swarchtz, con indiferencia. Así, vio perfectamente a Richard Loomis, sentado en su sillón, con un libro en las manos, pero mirando hacia ellos por encima de los lentes. Pearson sonrió, y continuó prestando atención a las explicaciones de Swarchtz, y replicando con atinadas observaciones de experto…

—Veo que sus amigos son inteligentes, doctor —dijo de pronto —. Si mi vista no me engaña, allá hay una emocionante partida de ajedrez. Veamos quién lleva la mejor parte.

Karl Swarchtz se inmutó un poco, pero la actitud de John

Pearson era tan natural, y las damas ancianas lo miraban con tan benevolente sonrisa, que se fue tras el británico hacia el rincón donde se desarrollaba la partida. Pearson se colocó entre ambos jugadores, contemplando atentamente las fichas… y mirando de reojo a Monique Lafrance, que alzó de pronto la cabeza y lo miró hoscamente.

—¿Qué mira usted? —espetó, huraña.

—La partida, señorita. Está al rojo vivo.

—No me gustan los mirones.

—No he pretendido molestarla —sonrió Pearson—. Me voy inmediatamente. Buenas tardes.

Dio media vuelta, en efecto. Pero Monique Lafrance se puso en pie de un salto y le sujetó de la manga.

—¡No se irá tan fácilmente! —gritó—. ¡Usted no ha venido aquí a nada bueno! ¡Me está vigilando!

—Señorita, le aseguro… ¡Eeeehhh!

Monique Lafrance acababa de soltar un zarpazo contra John Pearson, que apenas tuvo tiempo de echar hacia atrás la cabeza, evitando que las manicuradas uñas le alcanzasen un ojo. La muchacha quedó tambaleante, mientras la alarma, la expectación, nacía bruscamente en el acogedor salón de los locos.

Swarchtz empezó a suplicar:

—Señorita Lafrance, le rueg…

Monique le dio un fuerte empujón, casi derribándolo, y corrió hacia el americano Plasman, cuya sonrisa irónica se heló en los labios al ver acercarse, directamente contra él, a la bella muchacha, con el rostro crispado en una mueca de furia. Se puso en pie de un salto, sin saber muy bien qué era lo que tenía que hacer, pero vigilante, atento… Ella se quitó un zapato sobre la marcha, y cuando saltó contra Plasman lo hizo con tanto ímpetu que ambos rodaron por el suelo, derribando el sillón que había estado ocupando el americano.

—¡Ya te enseñaré a llamarme loca, y a enviar nadie a vigilarme! —Aullaba Monique Lafrance—. ¡Si tú me odias a mí, más te odio yo a ti, puerco, invertido, envidioso…!

La punta del agudo tacón del zapato golpeó en la frente de Plasman antes de que éste pudiera reaccionar. En el acto, la sangre comenzó a brotar, copiosa, esparciéndose por la cara del americano,

que ya no se andaba con remilgos, y se había quitado de encima a la muchacha de un feroz puñetazo en los senos, tirándola contra un sofá.

—¡Dele fuerte, jovencita! —aulló una de las viejas.

—¡Guido, Konrad! —llamaba desesperadamente Swarchtz.

—¡Mátelo, mátelo! —rió la otra vieja.

Pero mientras Konrad y Guido aparecían en el salón, John Pearson, Henrik Movenko y Karl Swarchtz se lanzaban ya hacia la muchacha, que no les hizo el menor caso, obsesionada en vaciarle los ojos a Plasman a taconazos, chillando como una fiera, debatiéndose de tal modo que a los tres hombres les costó no poco esfuerzo dominarla, inmovilizarla… Los azules ojos parecían a punto de salirse de las órbitas, y la saliva se deslizaba por un lado de la boca de Monique Lafrance, cuyo rostro estaba crispado, retorcido en una horrible mueca de rabia…

Guido y Konrad se hicieron cargo de ella, sujetándola expertamente, y sacándola del salón, a rastras, descalza, con los cabellos revueltos, rezumando saliva, aullando, desgarrado el vestido… Swarchtz, muy pálido, se pasó una mano por la frente, y se quedó mirando a Plasman, que contenía la sangre de su herida con un pañuelo. Una enfermera acudió y se llevó al americano camino del botiquín.

—Lo siento… —musitó Pearson—. Parece que yo fui el causante de esto, doctor Swarchtz.

—Señor Pearson —se crispó la voz del médico—. Le ruego…

—La culpa no ha sido de él… —intervino Henrik Movenko—. La señorita Lafrance estaba perdiendo la partida. En realidad, estaba ya en trance de tener que abandonar…

—¿Y eso qué, señor Movenko? —musitó el médico.

—Parece que antes, el señor Plasman tuvo algunas palabras desagradables para la muchacha. Todos creíamos que las había olvidado, pero en cuanto la partida de ajedrez comenzó a serme claramente favorable, ella empezó a volverse, para mirar al señor Plasman de un modo… inquietante. Estoy seguro de que le habría atacado pronto, de todos modos. Tenía que desahogarse, y Plasman era su objetivo. El señor —señaló a John Pearson— ha sido sólo… un pretexto para la muchacha.

—Bien… Según parece, esto habría ocurrido de todas maneras,

señor Pearson. Pero le agradecería…

Señaló hacia la puerta, y Pearson, mohíno, asintió con la cabeza, caminando hacia allí. Ya fuera, encendió con mano nerviosa un cigarrillo, esperando a Swarchtz, que comentaba algo en voz baja con una hermosa mujer de grandes ojos verdosos y rubios cabellos.

—Conque no está loca, ¿eh? —Gruñó agitadamente Swarchtz—. Pudo haber matado a Plasman, o dejarlo ciego…

—No hables tan alto… Al británico le gustaría oír lo que decimos.

—No puede oírnos. Bien: ¿qué dices de Monique Lafrance ahora, querida?

—Todo puede ser fingido, Karl.

—¡Oh, vamos, Marlene…!

—Iré a echarle un vistazo. Te espero allí… Y despide pronto al británico. ¿Has sacado alguna conclusión sobre él?

—No.

—Bueno, ya hablaremos de eso luego. Voy a ver a la… loca.

Marlene Moeller se fue hacia el fondo del edificio, y Karl Swarchtz se reunió con Pearson, que inició en el acto sus disculpas.

—Lamento mucho lo ocurrido, doctor. Si hubiera sabido que esto podía pasar… Esa chica parece… una loca peligrosa, pero yo no podía saber…

—Está bien, señor Pearson. No se hable más del asunto… Y le agradecería que no publicase este incidente en su artículo.

—Bueno… Está bien, de acuerdo. En realidad ha sido algo penoso y desagradable. Y de algún modo tengo que agradecer su amable trato. Ni una línea sobre ello. Prometido.

—Gracias. Le acompañaré a la puerta…

Poco después, el británico John Pearson se alejaba en su Jaguar deportivo color crema, hacia la salida del sanatorio, y Karl Swarchtz se dirigía hacia la enfermería. Cuando entró, Monique Lafrance estaba tendida en una camilla, y junto a ella estaban Konrad, Guido y Marlene. En las manos de ésta se veía todavía la jeringuilla con la que acababa de efectuar la inyección.

—He creído conveniente inyectarle un sedante, Karl.

—Bien hecho. Podéis marcharos, Konrad.

Los dos enfermeros salieron de la enfermería, y Swarchtz alzó los párpados de Monique, hábilmente, utilizando una sola mano.

Las pupilas tenían una apariencia completamente normal.

—Está bien dormida… —musitó—. Ve a decirles que la lleven a su *suite*, Marlene.

—Esperaremos un poco todavía. Antes quiero echar un vistazo a todo lo que ella ha traído. ¿Te has fijado en la saliva? No es espuma, sino, simplemente, saliva.

Swarchtz soltó un gruñido:

—Sí… Parece que está fingiendo. Casi consiguió engañarme. A mí, a Karl Swarchtz. ¿Han salido Otto y Emil para París?

—Desde luego.

—Bien… Habrá que esperar a ver qué dicen. Mientras tanto, seguiremos estudiando a la señorita Lafrance. Quizá, de un modo u otro, sea cierto que sufre ciertos ataques de furia. Para hacer lo que hizo… y como lo hizo, tiene que ser así: es imposible que una mujer tenga tanta fuerza física normalmente. Casi no podíamos sujetarla, igual que cuando sobreviene un auténtico ataque. Creo que me reservaré, por el momento, mi opinión médica sobre ella. Nunca se sabe…

—Si olvidases por un momento que eres médico, comprenderías que esta mujer no es lo que ella y sus amigos dicen, Karl. Algo está pasando que nosotros no esperábamos, ni podemos controlar… ¿Sabes que ella ha estado mucho rato con Henrik Movenko?

—Sí. Jugando al ajedrez.

—¡Jugando al ajedrez! ¿Cómo puedes ser tan ingenuo?

—Bueno, no sé… ¿Crees que puede ser rusa, y que han descubierto lo de Movenko?

—No puedo saber tanto.

—Yo seguiré atendiendo a esta mujer como si fuese una paciente. Quiero estudiarla…

—¡Tienes que olvidar ahora que eres médico, Karl! Estamos hace tiempo metidos en un lío muy grande y si ella es una espía rusa, te aseguro que las cosas van a complicarse de verdad. La presencia de ella aquí, sonsacando a Movenko, es reveladora. Yo me encargaré de preguntarle a Movenko de qué han estado hablando ellos dos. Pero antes, iré a registrar el equipaje de esta linda muchacha.

—Marlene, no me gusta esto… Creo que deberíamos dejarlo.

—¿Dejarlo? ¡Buena broma, querido! Tenemos media docena de hombres trabajando en Europa, más de veinte agentes comprados,

estamos ganando dinero a montones, y quieres dejarlo…

—Creo que estoy asustado. Y ya tenemos dinero suficiente para mi proyecto.

—Karl, estas cosas no pueden iniciarse o dejarse de golpe, ¿no lo comprendes? Hemos tejido una magnífica tela de araña, y para deshacerla, para deshilvanarla, hay que hacerlo lentamente, con mucho cuidado.

—Está bien… —Swarchtz se quedó mirando el dulce rostro de Monique Lafrance, ahora con su gesto normal, tranquilo—. Ojalá nos estemos equivocando, Marlene.

—Ojalá. ¿Te ocupas de ella?

—Sí. Dime cuándo terminas de registrar sus cosas y Guido y Konrad la subirán a su *suite*. Y no te olvides de hablar con Movenko.

—Por supuesto que no. Ella dormirá una hora solamente.

—¿Qué…? ¿Dónde…?

—Tranquilícese. Todo va bien, Monique.

La muchacha volvió la cabeza, vio a Swarchtz junto a ella, de pie al lado de la cama, y parpadeó repetidamente.

—¿Dónde estoy? —musitó.

—En su dormitorio. Ha dormido una hora, Monique.

—¿Qué… qué ha pasado…?

—Digamos que fue… un desagradable incidente. ¿No lo recuerda?

Monique Lafrance cerró los ojos y estuvo así casi un minuto. Cuando los abrió, miró nuevamente a Swarchtz, con expresión consternada, casi asustada.

—Lo hice otra vez, ¿verdad? —musitó temblorosamente—. Agredí a una persona… Al señor Plasman.

—Le hizo usted una herida en la frente, con el tacón de uno de sus zapatos.

—Lo lamento… ¡Lo lamento de veras, Karl!

—Quizá tuvo usted sus motivos, Monique. ¿Fue así?

—No sé… No creo. El señor Plasman fue desagradable conmigo, es cierto, pero yo… yo no debí… hacer eso. No comprendo lo que me pasó… ¿Quién era aquel hombre que estaba con usted? Creo que fue él quien me asustó… No sé lo que me pasó, de verdad.

—Era un visitante, eso es todo. ¿Se siente mejor?

—Creo que sí. ¿Qué hora o qué día es?

—Sólo hace una hora que pasó eso —sonrió Swarchtz.

—Ah, sí… He dormido una hora, sí… ¿Qué… qué pasará ahora?

—Bien… Francamente, no lo sé. Me pregunto si usted está en condiciones de bajar a cenar o prefiere hacerlo aquí. En mi opinión, sería mejor para todos que cenase aquí, Monique. Esta noche le daremos otro sedante, y dormirá bien. Mañana será otro día.

—Haré lo que usted diga, Karl.

—Estupendo… Guido le subirá la cena. Le gusta Guido, ¿no es cierto?

—Es muy guapo… —sonrió ella—. Sí, me gustará que sea él quien me suba la cena.

—Pues así se hará. Ahora, descanse. No se mueva de la cama. Mañana estará mucho mejor.

—¿Y me dirá el resultado de sus pruebas? ¿Me dirá si… si estoy loca o no?

—Tonterías… —sonrió amistosamente el médico—. Usted no está loca. Solamente excitada por un exceso de trabajo, de viajes… No salga de su *suite* hasta mañana. La avisaré cuando vengan sus amigos a visitarla. ¿De acuerdo?

—Sí… Lo que usted diga.

—Pues hasta mañana. Pero si me necesita para algo, sólo tiene que pulsar el botón de llamada, acudirá una enfermera y ella tomará el recado.

—Sí… Gracias, Karl… Muchas gracias.

Swarchtz dio una palmadita en una mano a Monique y salió del dormitorio, y enseguida, de la *suite*. Poco después entraba en su despacho, en la planta baja. Allá le estaban esperando Marlene Moeller y Henrik Movenko. Swarchtz se sentó a su mesa, encendió un cigarrillo y miró de uno a otro. Por último, a la doctora.

—Nada en su equipaje, ¿no?

—Nada. Lo único un tanto llamativo, y que no vi cuando llegó, es un maletín rojo con flores de color azul. Debía de llevarlo dentro de una de las maletas. Pero no había nada interesante allí dentro. Sólo cosas de mujeres: maquillaje, crema, secador de cabello, cigarrillos, una pequeña máquina fotográfica con trípode de aluminio, de esas que se utilizan para hacerse fotos uno mismo…

Swarchtz asintió con la cabeza, desviando la mirada hacia el ruso.

—¿Y usted, Movenko? ¿Qué opina de ella?

—Ya se lo he dicho a Marlene. Parece que está un poco loca, pero Marlene dice que no…

—Sin vaguedades. Usted es un espía experto, Movenko. ¿Cómo definiría a la señorita Lafrance en sus términos profesionales?

—Bien… Es inteligente, de reflejos rápidos, pero cautelosa. Pueden ser las cualidades de cualquier mujer, aunque no se dedique al espionaje. Habla el inglés como si fuese americana, pero también la he oído hablar en francés como si fuese francesa. No sé. Puede ser lo que dice… o puede ser una perfecta espía. Si es espía, le aseguro que su categoría tiene que ser excepcional. Y si no fuese porque hasta a mí mismo me parece demasiado fantástico…

—¿Qué?

—Nada. Cosas mías.

—¿Cosas suyas? —Deslizó fríamente Marlene—. Aquí no hay cosas suyas ni de nadie en particular, Movenko, sino cosas de todos los que participamos en el grupo. ¿Qué es eso que le parece demasiado fantástico?

—Pues… La CIA tiene una espía excepcional en todos los sentidos que… ¡Oh, vamos, no puede ser! Quiero decir —se mostraba nervioso— que si fuese cierto lo que pienso, lo mejor que podríamos hacer es recoger el equipaje y desaparecer de escena para siempre.

—¿De qué está hablando?

—De la agente Baby, de la CIA ¿Hay aquí algún agente de la CIA, o algún hombre relacionado con el espionaje americano?

Karl Swarchtz y Marlene Moeller palidecieron intensamente.

—Sí —musitó Marlene.

—¿Quién es?

—Ya sabe, Movenko, que nuestro sistema consiste en evitar que ustedes se conozcan entre sí.

—Lo sé. Y no tengo interés alguno en conocer a los demás. Pero quizás esta vez convenga hacer una excepción. ¿Es Plasman el agente americano?

Marlene y Karl cambiaron una mirada de duda, antes de que ella musitase:

—Sí.

—Mal asunto… —Palideció ligeramente el ruso—. ¿Ha llevado a cabo algún trabajo Plasman, últimamente?

—Sí… Sí, desde luego.

—Peor todavía. ¿Han oído cosas de Baby, supongo?

—Algunas…

—¿Algunas? —El ruso los miró irónicamente—. Bueno, así estarán menos preocupados por lo que pueda ocurrir. Para que ustedes comprendan a qué me estoy refiriendo, les diré que si esa chica fuese la agente Baby, de la CIA, convendría matarla AHORA MISMO.

—¿Cree… cree que puede ser ella? ¿Cómo es Baby?

—Nadie lo sabe. Nadie que no sea amigo de ella, se entiende. Swarchtz, ella es una víbora con sonrisa de ángel. Sé lo que estoy diciendo, créame. Hace más de seis años que entró de lleno en el concierto del espionaje internacional, y desde entonces es la pesadilla del mundo entero. Los rusos ofrecen dos millones de dólares por su cabeza. Los chinos, cuatro. Un agente de la MVD me estuvo hablando de Baby en mi último viaje a Moscú; era uno de los buenos agentes con que cuentan en Rusia. De los mejores. Y les aseguro que lo vi palidecer y estremecerse. En el Directorio de la MVD, el expediente más grande y escalofriante que pueda imaginarse corresponde a la agente Baby, de la CIA. ¿Han oído hablar de Andrei Lermontov?

—Sí… Sí, algo, desde luego.

—Ella lo mató, y lo envió al fondo del mar. Y se permitió el sarcasmo de dejar una nota dirigida a la MVD pidiendo disculpas por no devolverles el cadáver, pero que les devolvía la lancha [1]. El cadáver estaba en el fondo del mar.

—Bien… —Swarchtz se pasó la lengua por los labios—. Pero no tenemos por qué pensar que Monique Lafrance sea Baby. ¿Dónde suele operar ella?

—¡Buena pregunta! —rió secamente Movenko—. O quizá sea una broma, Swarchtz. ¿Dónde opera Baby? En todo el mundo. Y cuando lleguemos a la Luna, no le quepa duda de que ella estará también allí, si le conviene o lo desea. Voy a decirles de una vez cómo es esa Baby… Supongamos que los rusos enviamos una cápsula a la Luna, y que todo se hace en el mayor secreto. Pues

bien: cuando los astronautas rusos llegaran a la Luna, Baby aparecería junto a ellos desde cualquier rincón de la cápsula espacial.

—¡Oh, vamos! —protestó airadamente Marlene—. ¡Usted está desorbitando las cosas, Movenko!

—En efecto. Pero es un buen modo de explicar lo que puede llegar a hacer la agente Baby. Supongo que ustedes pueden conseguir pentotal siempre que quieran.

—Sí, claro…

—Pues consíganlo y aplíquenselo a ella. Con el suero de la verdad no tendrá más remedio que decir quién es realmente. Aunque…

—¿Sí?

—Bien… Últimamente, en los medios más secretos del espionaje, se habla ya de agentes que han sido sometidos a entrenamientos de reserva mental contra el pentotal. Parece que, con el adecuado entrenamiento, las personas que posean un cerebro… privilegiado, pueden resistir el efecto de la droga y mentir exactamente igual que si no se les hubiera inyectado. Evidentemente, si eso es cierto, Baby tiene que ser hoy día una de esas personas… Pero no perderíamos nada probando el pentotal con esa señorita Lafrance. El único riesgo a correr es el de que ella se daría cuenta de lo que le hacían, de modo que sabría ya perfectamente a qué atenerse con respecto a quien la inyectase la droga. Esto, suponiendo que sea Baby, u otra espía cualquiera.

—¿Qué hacemos? —musitó Swarchtz, mirando a Marlene.

—No sé… Los amigos de ella vendrán mañana, hacia las once. No parece conveniente hacer nada, hasta entonces. Les diremos que ya no deben venir hasta pasados dos o tres días, y así dispondremos de ese tiempo.

—¿Y mientras tanto? —Gruñó Movenko.

—Hay que dejarla en paz, tranquila… Como si fuese una de las auténticas perturbadas que tenemos en el sanatorio. No tiene que notar nada especial.

—Es un error… —sentenció Movenko, sombríamente—. Pero si ella es Baby, ya nada importa demasiado. Sólo importa saberlo con tiempo suficiente para escapar, desaparecer para siempre. Espero que lleguemos a tiempo de evitar la mordedura de esa víbora

llamada Baby.

—¿Y si no es ella? —insinuó Swarchtz.

—Si no es ella —sonrió Movenko—, yo habré sido un tonto…, pero podré seguir viviendo tranquilamente. ¡Ojalá no sea ella, Swarchtz!

Capítulo V

La señorita Lafrance estaba sentada ante una de las ventanas, contemplando la suave nevada, cuando oyó la voz a su lado:

—Buenos días, señorita Lafrance… ¿Se siente mejor hoy?

Alzó la cabeza, ladeándola, y sonrió amistosamente.

—Oh, señor Movenko… Buenos días… Sí, me encuentro muy bien. ¿Por qué?

—¿Ha desayunado ya?

—Sí, desde luego.

El ruso se sentó junto a ella, acercando un sillón, y le ofreció un cigarrillo. Mientras ambos encendían el suyo respectivo, el ruso miró a su alrededor. Todavía faltaban algunos de los clientes del doctor Swarchtz, pero ya comenzaba a haber ambiente en el salón. Las dos ancianas parecían enzarzadas en una disputa contenida. La joven que el día anterior había estado con Pamela Higgins parecía sumida en muy sombríos pensamientos. El conde italiano, si es que realmente lo era, paseaba por un rincón del salón, bastante agitado, y hablaba en voz alta consigo mismo… Plasman aparecía en aquel momento y se dirigía a su sillón favorito, mirando de reojo hacia Monique Lafrance. El americano llevaba un esparadrapo en la frente. Dos británicos hacían comentarios sobre un libro que estaba leyendo uno de ellos…

—Estaba pensando que podríamos terminar la partida de ayer… —sugirió Movenko; y sonrió maliciosamente—. No quiero molestarla, pero usted estaba en muy apurada situación.

—¿Eso cree?

—Naturalmente. Bien… ¿Continuamos la partida?

—¿Por qué no? ¿Recuerda usted la disposición de las piezas?

—Con toda exactitud —volvió a sonreír Movenko.

—Espero que no haga trampas.

—Nunca hago trampas jugando al ajedrez… Sería como

engañarme a mí mismo, señorita Lafrance.

Estas palabras parecieron dar que reflexionar a Monique, que al fin asintió con la cabeza.

—Estoy completamente de acuerdo con usted. Sigamos con la partida, señor Movenko.

Fueron los dos hacia la mesa del tablero, seguidos por la hosca mirada de Plasman, a la que, aparentemente al menos, Monique no hizo el menor caso. Se sentaron, Movenko colocó las piezas en la disposición que tenían al ser interrumpida la partida, y Monique comentó:

—Tiene usted una memoria excelente, señor Movenko.

—Para cuestiones de ajedrez, sí. Bueno, yo le estaba haciendo jaque, como ve. Y le tocaba mover a usted. Aunque en mi opinión la partida está decidida.

—Todavía no —musitó Monique.

Desplazó un cuadro el rey. Movenko sonrió triunfalmente, y cambió de posición su torre derecha, deslizándola hasta el fondo.

—Mate.

—¿Cómo? —exclamó Monique.

—Jaque mate.

—Pero… No, no… Veamos… Mi rey… No… Emmm…

Estuvo todavía cinco minutos buscando una escapatoria, pero finalmente, con un dedito, derribó el rey sobre el tablero, con gesto claramente malhumorado.

—Ha ganado usted —refunfuñó.

—Era inevitable. Los rusos somos maestros en estrategia… En la estrategia del ajedrez, se entiende. Y ahora, señorita Lafrance, supongo que no se negará a pagar su apuesta.

—¿Qué apuesta?

—Cinco preguntas. ¿Recuerda?

—Ah, sí. Bueno, estoy dispuesta a contestar sus… ¡Pamela!

Monique se puso en pie y corrió hacia la puerta del salón, en la cual acababa de aparecer Pamela Higgins, muy pálida, demacrada, con una triste sonrisa en los labios descoloridos. Monique llegó junto a ella y la abrazó cariñosamente.

—¿Cómo se encuentra? —se interesó.

—Muy bien, Monique.

—Lo celebro. Estaba jugando al ajedrez con el ruso, pero no lo

haré nunca más. Es muy descortés: me ha ganado.

—Sí, los rusos son muy descorteses, Monique.

—Parece que no le gustan los rusos, Pamela.

—No… No me gustan… Bueno, quizás… un poco… ¿Le gustan a usted?

—Casi nada.

—Igual que a mí —sonrió Pamela—: casi nada. Son descorteses.

—Sí. Eso pienso yo.

—Y yo.

—Otra cosa que tampoco me gusta son los chinos.

—¡Huy, ni a mí! —sonrió Pamela Higgins.

—Vamos a sentarnos. Hoy podríamos hablar de las bonitas flores del invernadero.

—¡Oh, sí! ¿Ya lo ha visto?

—Todavía no, pero sé ya dónde está. ¿Qué flores hay allí, Pamela?

—Muchas… Casi de todas. Hay magnolias, orquídeas, buganvillas… Es raro, ¿verdad? Pero hay de todas. A mí las que me hacen mucha gracia…

Las dos viejas habían terminado de discutir contenidamente, y miraban con maligna expresión a la muchacha. De pronto, una de ellas preguntó, con perversidad escalofriante:

—Pamela: ¿y tu hijo?

La rubita se volvió, sonriendo forzadamente.

—Yo no tengo ningún hijo, *mistress* Hawkins.

—Sí lo tienes, mujer… ¿No lo recuerdas? El pequeño Bob.

—Se le murió… —dijo la otra vieja—. ¿Verdad que tu hijo se murió, Pamela?

—¡No tengo ningún hijo!

—¡Porque se murió! —rió *mistress* Hawkins.

Monique se había puesto en pie, pálida, mirando incrédulamente a las dos ancianas.

—Par de víboras… —musitó—. Cállense o… o…

—¿Por qué tenemos que callar? Sabemos que Pamela tuvo un hijo, estando soltera, y que el niño murió a los tres meses… Era rubio y hermoso…, pero murió.

—Por el amor de Dios… —gimió Monique—. ¿Qué pretenden ustedes?

Algunos de los presentes soltaron una risita divertida. El americano tenía fruncido el ceño. El ruso miraba fijamente de una a otra anciana, apretando los labios. Richard Loomis, otro de los británicos, aparecía en aquel momento en el salón, y sonrió al oír las risas.

—¿De qué se ríen ustedes? —se interesó.

Pamela Higgins rompió a llorar, de pronto, convulsivamente, y Monique se apresuró a consolarla. A intentar consolarla, mejor dicho, ya que el llanto de la muchacha era por completo incontenible. Aparecieron dos enfermeras, y la escena del día anterior se repitió. Pamela Higgins fue sacada del salón, lanzando aullidos de una pena, una congoja tan profunda, que Monique Lafrance casi se echó a llorar también. Saltó de pronto hacia las dos viejas, que reían de un modo chirriante, y se quitó un zapato, blandiéndolo.

—Malditas serpientes del infierno… ¡Os voy a sacar los ojos por lo que habéis hecho!

Henrik Movenko apareció junto a ella, sujetándola por los brazos.

—Tranquilícese… —susurró en su oído—. Eso es lo que ellas quieren, señorita Lafrance. Todos sabemos que son malas, pero hay que perdonarlas, porque están locas. Les gustaría que usted las atacase, para sacarle los ojos. Déjelas.

—Pamela tuvo un hijo, Pamela tuvo un hijo, Pamela tuvo un hijo… —canturreaban las dos viejas.

—¡Silencio, brujas! —pidió un francés bigotudo—. ¡Silencio, u os meto el cuello en la guillotina!

—¡Pamela tuvo un hijo, Pamela tuvo un hijo…!

—¡Voy a buscar mi guillotina!

El francés salió corriendo del salón, y hubo más risas, mientras las dos viejas continuaban su cántico respecto a la maternidad de Pamela Higgins.

—No les haga caso… —insistió Movenko—. ¿Quiere que vayamos a dar un paseo, señorita Lafrance?

Karl Swarchtz apareció en aquel momento, un tanto afectado, y se acercó a las dos viejas. Para asombro de Monique, se puso a cantar con ellas eso de «Pamela tiene un hijo», riendo también, como si la idea le hiciese mucha gracia. En pocos segundos,

Monique comprendió la astucia profesional del psiquiatra: apenas había cantado la frase tres veces, las viejas perdieron interés por ella, y se callaron. Movenko se llevó a Monique hacia la biblioteca, pero ella miraba hacia Swarchtz, que ahora departía amistosamente con las dos ancianas. Les sonreía, les daba palmaditas en las manos… Ellas acabaron riendo y llorando a la vez. Entonces, Swarchtz miró hacia la puerta del salón, donde esperaban Konrad y Guido, que se acercaron y se llevaron cada uno a una anciana, las cuales obedecieron dócilmente.

Karl Swarchtz se quedó allí, mirando a su alrededor. Las risas habían cesado y todos inclinaban la cabeza bajo la penetrante mirada del médico suizo.

—Lo hace muy bien —musitó Monique.

—Es un genio para estas cosas… —susurró Movenko—. Y yo soy un genio para el ajedrez. Me debe cinco preguntas, ¿recuerda?

El francés bigotudo apareció en el salón, agitadamente, llevando en brazos algo que escalofrió a Monique: una guillotina a escala reducida, de cartón y madera. La depositó en el suelo y miró hacia donde habían estado las dos malignas viejas. Swarchtz se acercó a él cuando en los ojos del francés aparecía la decepción.

—Ah, *monsieur* Lovaine… ¿Tenemos otra ejecución en perspectiva?

—Sí, sí… ¿Dónde están?

—Ahora las están sentenciando. No creo que el juicio dure mucho.

—¡Espléndido, espléndido…! ¿Me ayudará usted a cortarles la cabeza, doctor?

—¡Naturalmente! Será un placer, *monsieur* Lovaine. Pero… ¿no le parece que la hoja de la guillotina está poco afilada?

—¿Le parece? —Se sobresaltó el bigotudo.

—Bueno… Yo diría que sí… ¡Tengo una idea! ¡Yo afilaré la guillotina mientras usted repasa el libro que habla de las ejecuciones más famosas! ¿Qué le parece?

—¡Bien! ¡Muy bien, doctor! ¿Me avisará usted cuando esté bien afilada?

—Por supuesto… Esperaremos que las sentencien a muerte, y mientras tanto yo afilaré la guillotina. Déjelo todo en mis manos.

—¡Espléndido, espléndido! ¡Voy a leer las ejecuciones!

—No pierda detalle, *monsieur* Lovaine.

—No, no… Lo haremos bien, ya verá.

Monsieur Lovaine se fue como una flecha hacia la biblioteca, mientras Swarchtz se quitaba con un dedo las finas gotitas de sudor que habían aparecido en su frente. Luego, mientras Lovaine devoraba ya las viejas ejecuciones de Francia, el médico salió del salón, llevándose la guillotina.

—Por Dios… —musitó Monique—. ¡Esto es horrible!

—Aún más para los que no estamos locos… del todo —apoyó Movenko—. Respecto a las preguntas que me debe…

—¡Váyase a la…!

Y Monique Lafrance se apartó de Movenko, regresando a su sillón para seguir contemplando la nieve que caía sobre el jardín del sanatorio Swarchtz.

Una hora más tarde, Guido apareció en el salón y se colocó junto a Monique, que continuaba mirando la nieve, como obsesionada.

—Sus amigos han venido, señorita Lafrance.

Sin decir palabra, la muchacha se levantó y se fue con el enfermero, que la llevó a un saloncito, también de la planta baja, donde la estaban esperando Jean y Armand.

—¿Qué tal, Monique? —saludó Jean—. ¿Todo va bien?

—¡No! ¡Quiero que me saquéis de aquí ahora mismo!

Los dos se miraron, impresionados. Guido fue a decir algo, pero Armand le hizo un gesto de complicidad, indicándole que los dejase solos, así que el enfermero abandonó el saloncito, cerrando la puerta tras él. Inmediatamente, Monique miró a su alrededor, hacia las paredes, los cuadros…

—No hay nada… —musitó Armand—. Ya lo hemos examinado mientras la esperábamos. ¿Qué está ocurriendo?

—La mayoría están locos de verdad, Simón. ¿Cómo han pasado la noche?

—Mal… No es agradable estar metido en un coche toda la noche viendo caer la nieve… Sin embargo, creemos haber descubierto algo: no hemos sido los únicos en vigilar esta noche el sanatorio.

—¿Quién más había? —Sonrió Monique Lafrance—. ¿Un hombre alto, atlético, rubio, que sin duda lleva un coche deportivo?

—Sí… Ha estado toda la noche cerca de la clínica, como esperando algo… ¿Cómo lo sabe usted?

—Las cosas están mucho más complicadas de lo que parece, Simón. No sólo tenemos aquí al coronel Plasman, sino que también hay un agente ruso y, por lo menos, uno británico. Ignoro si hay más de otras nacionalidades.

—¿Está segura? —exclamó Jean.

—Completamente. El ruso, desde luego, es Henrik Movenko. El británico, creo que es Richard Loomis. Puede que *monsieur* Lovaine sea un agente del Deuxième Bureau. ¿Qué se sabe de la chica que tenía… relaciones con el coronel Plasman en Berlín?

—Todavía nada. Y no creo que la encuentren ya. Parece que a última hora se asustó. ¿Sigue considerando inconveniente interrogar a Plasman?

—Desde luego. En cuanto a esa muchacha, olvídenla. Pasen mis instrucciones a los compañeros de Berlín: que la olviden.

—¿Por qué?

—Porque ya debe de estar muerta.

—¿Cree que la mataron ellos mismos?

—Naturalmente. Jamás la encontraremos, así que es mejor no perder más tiempo en eso.

—En tal caso, convendría interrogar a Plasman respecto a esa chica. Usted puede hacerlo muy bien. Es indudable que ella lo estaba drogando de algún modo, lo estaba… volviendo loco. Y no con sus encantos femeninos, precisamente…

—No, no, Simón… Ése ha sido nuestro error de partida… Empezamos por una pista falsa. Y ahora tengo la verdadera. Pero todavía quiero asegurarme más.

—Mire, Baby: si ese Swarchtz está dedicado a volver locos a personajes importantes por medio de drogas…

—Olvídelo, Simón. No es por ahí.

—¡Pero es evidente que la chica que estaba con el coronel Plasman obedecía órdenes de alguien, drogando a Plasman, volviéndolo loco poco a poco…! ¡Sólo así pudieron ocurrir las cosas! Lo malo para esa chica y para el traidor de las Fuerzas Aéreas en Berlín fue que Plasman no estaba todavía loco. Sin embargo, eso ha trastornado mucho a Plasman, pero estoy seguro de que si le preguntamos, comprenderá.

—Le digo que no es por ahí, Simón. Regresen a su puesto de observación. Es todo. Y estén atentos a mi posible llamada por la

radio.

—¿Respecto al hombre del Jaguar deportivo…?

—Pues… ¿Han traído sus radios?

—Claro.

Monique Lafrance tendió la manita, y Armand le entregó una pequeña radio de bolsillo. Con una horquilla, Monique varió la disposición de la onda, desplazando las placas. Luego, sonriendo, apretó el botoncito de llamada.

En el acto, una voz masculina se oyó en el pequeño aparato.

—¿Sí?

—¿Cómo estás, «Fantasma»?

—¡Baby! ¡Por fin! ¡Me has tenido toda la noche esperando en vano…! Escucha: hay dos hombres en un auto negro que…

—Tranquilízate, querido… —rio Baby—. Son amigos míos. ¿Qué está pasando, John? ¿Tenéis aquí a uno de vuestros agentes?

—Así es. Loomis. ¿Lo conoces?

—Desde luego. Escúchame bien, John Pearson, «Fantasma»: no es momento de hablar ahora. Lo haremos esta noche, en el invernadero de la clínica. ¿Te parece bien?

—Bueno… Eso es perder muchas horas, pero sé que estando tú metida en esto, a la larga saldré beneficiado. Te estaré esperando en el invernadero. ¿Qué hago hasta entonces? ¿Tienes alguna idea o dato que me oriente? La verdad es que estoy desconcertado…

—Yo también. Pero estoy segura de que si ambos conversamos con sinceridad sobre el asunto, sacaremos algo en claro. No sé a qué hora podré ir, John, pero iré. ¿De acuerdo?

—Está bien. ¿Es todo?

—Por ahora, sí. Hasta la noche, realiza trabajos de rutina alrededor del sanatorio. Mis amigos te envían un saludo.

—Y yo a ellos… —Se oyó la risa de John Pearson—. Casi me tranquiliza saber que la CIA está metida en esto. *Ciao?*

—*Ciao*… —sonrió Monique Lafrance; cerró la radio y la devolvió a Armand—. Coloque usted mismo nuestra onda de nuevo, Simón. Eso es todo por ahora. Pueden marcharse.

—¿Quién es ese hombre?

—Del MI5… Un viejo amigo [2]. De absoluta confianza.

—Si usted lo dice, no cabe dudarlo. Bueno, podríamos estar unos minutos más aquí, charlando con usted… Hay que hacer bien las

cosas, ¿no le parece?

—Desde luego. Por cierto: ¿les ha dicho Swarchtz algo sobre mí?

—Dice que las pruebas y análisis evidencian en usted cierto… desequilibrio, más nervioso que mental. Considera que todavía tendrá que someterla a un par de pruebas más, seguramente esta tarde.

Baby entornó los ojos.

—¿Eso ha dicho? —musitó—. Bien… Parece que desconfían. Les diré una cosa, Simón: a las siete en punto, poco antes de bajar a cenar, les haré una llamada por mi radio de bolsillo. Sólo llamaré: bip. No tienen que contestar, sólo escuchar la señal. Si a las siete en punto no han oído un solo bip, reúnanse con el hombre del MI5 y vengan a buscarme dispuestos a todo. ¿Está claro?

—¿Teme usted que…?

—Tienen que estar asustados, si desconfían de mí. Movenko está intentando sonsacarme, pero sabe muy bien que no lo conseguirá. Por eso, temo que recurran a otros medios, con el pretexto de pruebas médicas. Quizás el pentotal.

Jean y Armand palidecieron ligeramente.

—¡Usted debe negarse a ser inyectada, por mucho que le aseguren que…!

—Sé muy bien lo que tengo que hacer, Simón. Eso es todo. Yo iré ahora a ver a Swarchtz. Se supone que debo interesarme por mi estado, ¿no? Y se supone también que lo que me digan mis amigos no sea suficiente para mí. Así que iré a ver al eminente neurólogo… Hasta la vista, queridos.

Karl Swarchtz casi dio un salto en su sillón cuando la puerta se abrió bruscamente y Monique Lafrance entró en el despacho, seguida de Guido.

—Doctor, le dije que esperase… —se disculpó nerviosamente Guido—. No me hizo caso. Dijo…

—Está bien, Guido. Retírate. Pase, señorita Lafrance… ¿Se han ido ya sus amigos?

—Así es. Y no han sido muy explícitos conmigo. De modo que me parece que ya es hora de que usted me diga cuál es el resultado de sus… investigaciones sobre mí. ¿O no?

Dicho esto, Monique Lafrance se quedó mirando a los tres hombres que había en el despacho de Swarchtz, ocupando sendos

sillones. Era imposible no darse cuenta del nerviosismo del médico, pero Monique parecía no percatarse, dedicada a mirar con desconfiada curiosidad a los tres hombres. Ninguno de ellos llegaba a los cuarenta años, eran fuertes, vestían muy bien… Sus rostros eran impávidos, duros, y sus ojos parecían querer penetrar en la mente de la muchacha de los ojos azules. Dominaban su sobresalto muchísimo mejor que Karl Swarchtz. Y también Marlene Moeller, sentada a la derecha del médico, parecía dominarse infinitamente mejor, fijos sus verdes ojos en los azules de la espía internacional apodada Baby. Monique Lafrance, por el momento.

—Sí… Bien, señorita Lafrance, ciertamente tiene usted derecho a estar al corriente. Perdóneme, pero tuve que atender un asunto urgente con estos señores…

—Puedo esperar.

—No… No, no. Ya hemos terminado. Ellos se iban ya… Por favor, doctora, ¿quiere acompañarlos?

—Con gusto.

Marlene se puso en pie, y lo mismo hicieron los tres hombres, que tendieron la mano a Swarchtz, en silencio, y salieron sin haber pronunciado una sola palabra, saludando a Monique sólo con movimientos de cabeza.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos y Marlene, Karl Swarchtz recogió precipitadamente unos papeles que tenía sobre la mesa, apilándolos bien. Por un instante brevísimo, miró hacia uno de los cuadros del despacho, y en el acto a la señorita Lafrance, que parecía estar ensimismada en la contemplación de sus pies. Por fin, Swarchtz guardó los papeles en un cajón de su mesa y ya no volvió a mirar al cuadro que representaba una estampa de la ciudad vieja de Ginebra.

—¿No le han dicho nada sus amigos? —preguntó él, de pronto.

—Si no he entendido mal, usted quiere hacerme aún más pruebas, antes de decir algo definitivo.

—Así es… ¿Se opone usted?

Monique Lafrance alzó las cejas, como sorprendida.

—¿Oponerme? ¿Por qué? Yo confío en usted, Karl. Lo de ayer tarde fue muy desagradable, me ha ocurrido ya otras veces… Si usted cree que puedo curarme esa… manía, yo haré lo que sea.

—Celebro que comprenda las cosas tan bien, Monique. Parece

que hoy está usted más… tranquila.

—He conseguido ver al señor Plasman sin alterarme… —sonrió ella, ufana; pero su sonrisa se borró de pronto—. Sin embargo, aquellas dos horribles viejas y el hombre de la guillotina…

—Quizás esto le haga comprender que su caso no es grave, señorita Lafrance. El de usted, se entiende. Hay enfermos mucho peores… Y hay muchos más de los que yo puedo atender, aunque supongo que pronto podré poner remedio a eso… Oh, pero hablemos de usted… ¿Le parece bien un examen complementario a las cinco de la tarde?

—Lo que usted diga. Karl: ¿qué le ocurre a Pamela Higgins?

—Tuvo… un hijo, pero el… novio desapareció. La señorita Higgins pertenece a una familia adinerada, y cuando ella perdió la razón, la trajeron aquí. No sólo tuvo el desengaño amoroso, sino que poco después de nacer, el niño falleció…

—¿Se curará?

—No sé… —Swarchtz movió pensativamente la cabeza, como apesadumbrado—. No lo sé, de veras. Lo ideal sería disponer de un sanatorio gigantesco, con chalets individuales para los enfermos como Pamela Higgins. Quizás así se conseguiría algo… Hay muchas personas como ella. Requieren espacio libre, gente amable a su alrededor, condiciones médicas especiales… Pero todo eso cuesta mucho dinero. Mucho. Millones y millones de francos —Swarchtz se calló de pronto, y se puso en pie—. La acompañaré al salón, y de paso veré cómo siguen las cosas por allí. No olvide que a las cinco tiene un nuevo reconocimiento.

Capítulo VI

Henrik Movenko apareció en el cuarto cuando Monique Lafrance parecía dormir ya, bajo los efectos de la inyección, a la cual se había sometido dócilmente. Marlene Moeller limpiaba la jeringuilla que habían utilizado para inyectar el pentotal.

En diversos puntos de la cabeza de Monique Lafrance se veían de nuevo adheridos los electrodos, pero ningún aparato estaba funcionando.

—¿Ha protestado por algo, se ha rebelado…?

—No. Creo que nos estamos equivocando con ella, Movenko.

—Mejor. Y si no es espía, no recordará nada, de modo que es mejor proceder ya, Swarchtz. ¿Pregunta usted o lo hago yo?

—Supongo que usted lo hará mucho mejor, ¿no?

—En este terreno, sí, desde luego. Bien, empecemos… —Se colocó junto a Monique, tendida en la camilla metálica—. ¿Quién es usted? Conteste, señorita Lafrance: ¿quién es usted?

—Soy… Monique… Lafrance…

—Le pregunto por su nombre verdadero.

—Mi nombre… verdadero es ése… Monique… Todos… todos quieren a Monique… Mi nombre verdadero… Monique Lafrance…

Henrik Movenko frunció el ceño.

—¿A qué se dedica?

—Soy… periodista… periodista…

—¿A qué más se dedica?

—Periodista… Periodista… Periodista…

—¿Y a qué más se dedica, insisto?

—Perio… dista…

—¿Conoce al señor Plasman?

—Plasman… Plasman… Señor Plasman… Loco… Grosero… El señor Plasman es… es un… grosero…

—¿Qué más es el señor Plasman?

—Un… grosero… maleducado… Grosero… Señor Plasman…

—¿Sabe usted a qué se dedica el señor Plasman?

—No…

—¿Y el señor Movenko?

—El señor Movenko… Sí… El señor Movenko… Ajedrez… Es jugador de ajedrez… Ajedrez…

—¿Y qué más? ¿Qué más es el señor Movenko?

—Movenko, Movenko, Movenko… Diplomático… El señor Movenko me dijo… que es diplomático… diplomático… El señor Movenko es amable… Ha ganado la partida… El señor Movenko juega… al… ajedrez… muy bien…

—Parece que es obvio que nos hemos equivocado —musitó Karl.

—No lo asegure tan pronto. ¿Qué dicen sus conocimientos médicos, Swarchtz? ¿Tiene ella alguna clase de perturbación mental?

—Ninguna, al parecer. Pero esos pequeños accesos de paranoia no pueden ser captados a veces, Movenko. El paranoico puede parecer normal durante la mayor parte del tiempo. Desde luego, si tengo que guiarme por los datos que he obtenido, ella está normal completamente. Pero…

—Seguiremos —atajó el ruso.

Un cuarto de hora más tarde, Henrik Movenko, inclinado sobre la señorita Lafrance, sudaba copiosamente, tenso, crispado; los nervios le estaban jugando una mala pasada. Los nervios, o las imperturbables, machaconas y siempre idénticas respuestas de la señorita Monique Lafrance, que estaba también completamente empapada en un fino sudor, y se agitaba cada vez más inquieta.

—Creo que es suficiente… —dijo por fin el médico—. ¿Por qué no nos convencemos de una vez? Ella no sabe nada de nosotros, Movenko. Puede que esté fingiendo por algo, pero no está relacionado con nosotros.

—¿Qué trata de decir? —jadeó roncamente el ruso.

—Quizás ella esté simulando algo, pero por algo relacionado con el exterior. He conocido algunas personas que se han fingido perturbados… y siempre han tenido unos motivos para hacerlo.

—Es posible… Pero ya le dije que hay agentes que pueden resistir un interrogatorio con pentotal.

—Si no confiaba en el método, podíamos habernos ahorrado

esta fatigosa sesión, Movenko. Total, que usted se queda igual que antes, sin saber qué pensar, ¿no es eso?

—No exactamente, pero… no me quedo satisfecho.

—Me pregunto qué más quiere usted… Ella ha contestado a casi todo, las más de las veces muy inteligiblemente… No ha mencionado el espionaje para nada, ni el sanatorio… Creo que por hoy ya está bien. No quisiera que la señorita Lafrance sufriese innecesariamente.

—Es usted muy considerado. Pero en nuestra profesión…

—¡Un momento! ¿A qué profesión se refiere usted, Movenko? ¿A la suya o a la mía? Porque si bien estoy dispuesto a admitir sugerencias de usted, e incluso de Marlene, en la profesión de usted, creo que no pueden enseñarme nada en la mía.

—Usted está olvidando que…

—No olvido nada. Ni siquiera que usted está, en realidad, bajo mis órdenes. ¿O no es así, Movenko?

El ruso dirigió una veloz mirada a Marlene Moeller, que asintió con veloz parpadeo.

—Sí… Es así. Estoy a sus órdenes, Swarchtz. Bien… Si le parece que la sesión ha sido suficiente y que podemos estar tranquilos, por mí no hay inconveniente. Pero sigo pensando que esta mujer, por si acaso, estaría mejor muerta.

—Ustedes hablan de la muerte con mucha ligereza, Movenko. Y ya conocen mi posición al respecto, de modo que no hay más que hablar. Vuelva al salón. A partir de ahora será solamente la ciencia quien se ocupará de la señorita Lafrance. Si no…

Había sonado una llamada a la puerta y el propio Swarchtz fue a abrir. Se quedó sorprendido un instante, pero enseguida pareció alegrarse de la presencia de aquellos dos hombres. Se apartó de la puerta y señaló hacia el interior.

—Aquí tenemos a Otto y Emil… —Ellos entraron y Karl cerró la puerta—. ¿Cómo han ido las cosas por París? ¿Habéis sabido algo de la señorita Lafrance?

—Muchas cosas… —murmuró Otto—. Y parece que todo está en orden. Existe esa revista llamada «Les Jours de París», existe Monique Lafrance, que tiene un piso en la Avenida de los Americanos, y los demás datos también concuerdan. Los datos personales, claro. Oficialmente, ella está ahora en Ginebra.

Obtuvimos una serie de pequeños detalles que aseguran la existencia y profesión de Monique Lafrance. Respecto a los sucesos en España, en Marsella y otros sitios, dejamos a Helmutt Braun, de París, encargado de verificarlos. Por ahora parece que todo está en orden. Ah, desde luego, también existen Jean Fabert y Armand Lamotte. Todo encaja, doctor.

—¿Os habéis asegurado bien? —musitó Marlene.

—Desde luego… —Frunció el ceño Emil—. No somos principiantes, ya lo sabe.

—Bien… —bufó Swarchtz—. Parece que esto salda la cuestión. Ahora, sólo tenemos que ocuparnos de la señorita Lafrance, de modo que ella no sospeche nada. Cada uno a su trabajo… Y que entren Guido y Konrad. Hay que llevar a la señorita Lafrance a su *suite*.

—Bien… Oh, ¿trajeron los documentos de Bonn?

—Sí. Mañana vendrán a recogerlos los de Moscú. Todo bien, Emil. —Bueno, eso es estupendo… Parece que seguiremos adelante.

—Yo no lo aseguraría tanto —gruñó Movenko, ya en la puerta —. Y si de mí dependiese, esta mujer sería eliminada.

Y salió dando un portazo.

—Cada uno a lo suyo… —musitó Swarchtz—. Ya hablaré yo luego con Movenko.

—¿Qué tal? ¿Cómo se siente?

Monique Lafrance movió la cabeza y sonrió al ver a Karl junto a ella. Un poco más atrás, estaba la doctora Moeller.

—Bien… ¿Me dormí durante las pruebas?

—La dormimos… —Casi rio Swarchtz—. Ayer le hicimos las pruebas estando despierta, pero hoy queríamos que su mente estuviese completamente en blanco.

—Sí… Me siento rara…

—Esta clase de sedantes son todos muy frecuentes. Pero no tiene que preocuparse. Todo ha ido bien. Durante el resto del día se sentirá un poco postrada, algo adormilada… Todo normal. Mañana estará perfectamente.

—¿Y las pruebas?

—También mañana sabremos ya algo de verdad definitivo. Me parecería conveniente que hoy tampoco bajase usted a cenar.

—Como usted diga… La verdad es que tengo sueño… Me siento como… como si flotase…

—Mañana habrá pasado todo. La doctora Moeller se quedará unos minutos haciéndole compañía, por si…

—Prefiero estar sola. Es que… tengo sueño. Ya avisaré yo cuando quiera cenar.

—Como guste. Hasta mañana. Y ya sabe que cualquier cosa que precise…

—Sí… Gracias… Yo… creo que voy a dormir…

Cerró los ojos. Swarchtz y la Moeller cambiaron una mirada, y poco después abandonaban la *suite*, silenciosamente. Apenas se había cerrado la puerta, los azules ojos volvieron a abrirse, y una cansada pero burlona sonrisa apareció en los labios de la señorita Lafrance… Estuvo todavía esperando un par de minutos, aguzando su finísimo oído, antes de levantarse. Lo primero que hizo fue ir a la puerta, para asegurarse de que estaba cerrada… y de que nadie se había quedado dentro de la *suite*.

Luego miró su relojito y volvió a sonreír. Las siete menos veinte. Todo perfecto.

Fue a su maletín, sacó de él un tarro de crema de belleza, y desenroscó el fondo. Sacó una cápsula, la ingirió en seco, cerró de nuevo el doble fondo del tarro y se dejó caer en un sillón, con expresión fatigada. Poco a poco, el color normal fue volviendo a su bello rostro; la fatiga desapareció, los ojos adquirieron su brillo normal. Estuvo así, descansando y recuperándose lentamente, hasta las siete menos un minuto. Entonces sacó de su maletín un paquete de cigarrillos, tiró de uno de ellos, lo mantuvo así medio segundo y lo bajó de nuevo, rápidamente. Un solo bip era lo convenido.

Hecho esto, se tendió en la cama nuevamente, y en dos segundos quedó dormida, tras haber puesto para dos horas más tarde el despertador que nunca le había fallado: su propio cerebro.

A las nueve y cinco minutos exactamente despertó. Se sentó en la cama, miró la hora y frunció el ceño. Se había retrasado dos minutos en despertar… Acabó por sonreír. No había que ser demasiado exigente con uno mismo, después de haber resistido nada menos que la prueba del pentotal. Eso sería una buena noticia para los técnicos en experimentos de la CIA.

Pidió la cena, que le fue subida inmediatamente por Guido, tan

sonriente y simpático como siempre. Y antes de las diez, la señorita Lafrance estaba durmiendo nuevamente… con su infalible despertador en marcha, puesto para la una de la madrugada.

Capítulo VII

A la una y pocos minutos de la madrugada, Henrik Movenko aguzó el oído y abrió un poco más la puerta de su *suite*. El pasillo estaba discretamente iluminado, por una sola luz, al principio de la escalinata que llevaba al primer piso del sanatorio. Y a esa luz, Movenko vio aparecer en el pasillo a la señorita Lafrance, cubierta por un abrigo negro. El ruso comprendió que ella iba a mirar a todos lados, y se apresuró a cerrar completamente la puerta.

Cuando volvió a abrirla apenas media pulgada, la señorita Lafrance ya no estaba en el pasillo.

Ceñudo el gesto, Henrik Movenko tomó su abrigo, se lo puso, y antes de abrir la puerta, se aseguró de que el silenciador estaba bien ajustado a su pistola. Metió ésta en uno de los bolsillos del abrigo y, silenciosamente, en zapatillas, salió al pasillo. Sin hacer el menor ruido, el ruso llegó al borde de la escalinata y miró hacia abajo con toda cautela. Ya no vio nada, y bajó casi precipitadamente. Al llegar al pasillo de abajo, miró a ambos lados, disgustado.

Estuvo tentado de dirigirse hacia la puerta principal del sanatorio, pero comprendió que no sería precisamente eso lo que haría la señorita Lafrance. Y lo comprendió porque tampoco él habría tomado aquel camino para salir de la clínica y ponerse en contacto con alguien… Seguramente, con los dos hombres que la habían llevado allí el día anterior, y visitado aquella mañana. Agentes de la CIA probablemente. O del MI5, o quizá del «Deuxième Bureau»…

Henrik Movenko estuvo tentado de avisar a Marlene Moeller, e incluso a Swarchtz, pero no tenía tiempo. No quería perder el rastro de Monique Lafrance. Él solucionaría la cuestión, y luego presentaría los tres cadáveres a Swarchtz y Marlene.

Eso haría.

Aunque si podía atrapar viva a la muchacha, aún sería todo

mejor, pues esta vez, sin pentotal, la obligaría a hablar. Él sabía muy bien cómo hacer hablar a cualquiera.

Efectivamente, la señorita Lafrance se deslizó hacia la parte destinada a diversos servicios complementarios del sanatorio. Tras ella, siempre silencioso al máximo, el ruso llegó por fin ante una de las puertas del pasillo, y tras un cálculo de tiempo, supo que Monique Lafrance había entrado allí. Pero no para quedarse, desde luego.

Aplicó el oído a la madera y estuvo escuchando tres o cuatro segundos. Luego empujó la puerta sigilosamente y entró. Fue directo a la ventana y sonrió al ver al pie de ella algunos copos de nieve, a pesar de que la ventana estaba cerrada.

Casi enseguida vio la blanca sombra caminando sobre la nieve, hacia el invernadero. Buen lugar de reunión… Y muy lista la señorita Lafrance. Para recorrer el sanatorio había llevado al revés su abrigo de visón, mostrando el negro forro. Y una vez fuera, le había dado la vuelta de nuevo, mostrando la blancura del visón, que se confundía con la nieve… Sólo que Henrik Movenko estaba ya sobre la pista.

Abrió la ventana, saltó afuera y la cerró de modo que pudiera abrirla al volver, dejándola igual que lo había hecho Monique. La muchacha casi no se veía ya, entre la nieve, pero sí sus pisadas, como pequeños hoyos en el blanco y blando elemento. Con la pistola fuertemente empuñada dentro del bolsillo, Henrik Movenko fue detrás de Monique, metiendo los pies en las pequeñas huellas. En efecto, la muchacha iba directa al invernadero.

Estaba ya solamente a unas treinta yardas de éste, cuando Movenko, a las relativamente lejanas luces de la fachada del sanatorio, encendidas durante toda la noche, vio la blanca sombra que entraba en el invernadero, cerrando tras ella. Muy bien. Era sólo cuestión de acercarse más y permanecer a la expectativa. Le iba a demostrar a Swarchtz que él sabía mucho más de aquellas cosas que él.

Siempre metiendo los pies en las huellas dejadas por Monique Lafrance, Movenko se fue acercando al invernadero, pasando por entre los abetos cargados de nieve, es decir, siguiendo el camino bien protegido a posibles miradas que había seguido la muchacha de los ojos azules.

Y acababa de rebasar un abeto cuando Henrik Movenko comprendió, intuyó más bien, que algo no iba todo lo bien que…

¡Clock!

El tremendo trastazo resonó fortísimamente en su cabeza, que se llenó instantáneamente de luces de colores, de silbidos, de dolor…

¡Clock!

Henrik Movenko, rebosando sangre por las heridas producidas por los dos golpes, cayó de bruces sobre la nieve, y quedó inmóvil, a los pies del hombre que parecía haber estado esperándole tras uno de los abetos que había en el camino de Monique Lafrance.

Luego, tranquilamente, el hombre, también pisando sobre las huellas de Monique Lafrance, se encaminó hacia el invernadero.

La puerta de éste se abrió para dejar pasar al hombre, que, en la oscuridad, encontró con sus manos la tibia cintura femenina, y con sus labios los de la mujer. Un beso no demasiado largo, pero profundo, cariñoso…

—Mi querido «Fantasma»…

—Mi adorada Baby… —rio él quedamente—. Casi no podía dar crédito a mis ojos cuando te vi en la sala de los locos.

—Temo que soy una loca muy poco convincente —rio también ella—. Incluso me han aplicado pentotal.

—Ah… Supongo que estás al corriente de la nueva técnica contra el pentotal.

—¿Tú también?

—Estoy sometiéndome a un entrenamiento intensivo, y creo que conseguiré dominar la situación aunque me hinchen de pentotal. Entiendo que tú ya lo has conseguido, ¿no?

—Desde luego, querido.

—Desde luego —repitió irónicamente él—. Sería increíble que Baby no estuviera preparada para eso. Se está muy bien aquí dentro. En cambio, ahí afuera… ¡Brrr…!

—¿Te convences de que no hay nada como el trópico? O por lo menos, climas templaditos, como el de Málaga.

—¿Qué tiene que ver Málaga con esto?

—Ven… Nos sentaremos junto a esas palmeritas y podremos vernos las caras con las luces del sanatorio. Por lo menos estamos aquí dentro a veinticinco grados centígrados… sobre cero, claro. ¡Ojalá pudiera pasar la noche aquí!

—Si te decides, cuenta con mi compañía.

Baby rio, y, tras sentarse, besó en una mejilla a John Pearson.

—No es momento de amor, John. ¿Has matado a Movenko?

—Sólo le he roto la cabeza. No creo que esté muerto, pero tiene para rato. Conque un ruso, ¿eh?

—Y un americano. ¿Qué sabes sobre eso, John? ¿Qué sabes sobre esta reunión de espías en un sanatorio mental?

—Bueno… En realidad, yo no sabía que aquí había reunión de espías. Solamente me interesaba por Richard Loomis. Él pertenece al MI5… Últimamente, se me avisó de que existían ciertas irregularidades en… Bueno, en una de nuestras secciones, eso es…

—No tienes que informarme de todo, si no quieres —rió la divina espía—. No pretendo enterarme de las suciedades del MI5. Dime solamente lo que puedas, John.

—Por supuesto. Bien, en definitiva, comenzamos a tomar entre ojos a Richard Loomis. Y cuando estábamos cercándolo silenciosamente, sin que él supiese nada, de pronto, se viene a Suiza; a este sanatorio. Nos pilló por sorpresa, pero aprovechamos la ocasión para hacer un completo registro en su domicilio. Y todo lo que encontramos fue cartas y orientaciones médicas que probaban que desde hace algunos meses Loomis viene de cuando en cuando al sanatorio de Karl Swarchtz. Por las cartas de éste, comprendimos que Loomis le había visitado algunos finales de semana, para someterse a una cura de reposo nervioso. Incluso entrevimos la posibilidad de que Loomis corría riesgo de perturbarse seriamente, según las últimas cartas.

—¿Nunca os dijo él que venía aquí?

—Nunca.

—¿Sabes si Loomis tenía alguna amiguita? Ya me entiendes.

—No… No tenía líos de esa clase. Seguro.

—Bien… En resumen, John: ¿qué haces tú aquí?

—He venido a vigilar a Loomis. El MI5 quiere saber qué hace aquí y por qué ha mantenido ocultas sus visitas anteriores al sanatorio de Karl Swarchtz. No obstante, precisamente ahora que sabemos que Loomis pueda estar un tanto perturbado, comprendemos ciertas irregularidades en su comportamiento anterior. Por supuesto, si está en dificultades, el MI5 le apoyará en todo. No tenía por qué venirse sin dar explicaciones a nadie a este

sanatorio. Es evidente que si no está en condiciones… mentales convenientes, será retirado del servicio, pero se le buscará un buen empleo, y, sobre todo, no se le acusará de traición, cosa que estaba poco menos que a punto de ocurrir.

—Entiendo —musitó Baby—. O sea, que si habéis encontrado algunas irregularidades en torno a Richard Loomis, lo achacaréis todo a su posible perturbación mental de mayor o menor grado, pero no actuaréis más enérgicamente contra él.

—Si es un pobre perturbado, querida, bastante pena debe de sentir por sus desatinos y extraño comportamiento. ¿No te parece? Sería diferente si hubiese venido aquí de pronto, sin más ni más. Pero hace ya tiempo que lo viene haciendo… El pobre Loomis lleva ya meses en tratamiento secreto con Karl Swarchtz.

—Sí… Pobrecillo…

—¿Qué ocurre? ¿Por qué dices «pobrecillo» en ese tono?

—Si te contase la historia del americano que hay en el sanatorio, sería casi idéntica a la de tu querido Loomis, John.

—¿Idéntica?

—He dicho «casi». En líneas generales, la historia del coronel Plasman es la misma. Sólo que aquí sí intervino una muchacha. Yo estaba en Málaga, tomando el sol después de un trabajo en el mar Negro un tanto peculiar [3] cuando recibí instrucciones, por medio de dos compañeros. Se arregló una vez más mi personalidad de Monique Lafrance, que utilizo frecuentemente, y me vine aquí…

—¿Haciéndote pasar por loca?

—Sólo por paranoica. Pero como lo mío es todo mentira, como ya supones, volvamos al coronel Albert Plasman, de la USAF destacada en Alemania. También de él se fueron observando ciertos detalles que no gustaron a sus superiores. En definitiva, ningún documento a cargo de Plasman faltó jamás de su caja. Y, sin embargo, parecía que los rusos tenían noticias siempre adelantadas de los movimientos logísticos y de maniobras de nuestras fuerzas en Berlín. Finalmente, alguien apuntó hacia Albert Plasman. Se le investigó. Tenía una amiguita, que lo visitaba en su apartamento de Berlín con cierta frecuencia, y eso dio que pensar si Plasman no sería uno de esos hombres fácilmente impresionables por una chica, y capaces incluso de facilitarle información secreta…

—La clásica espía bonita y el militar apasionado —sonrió John

Pearson.

—Algo así. El historial de Plasman era bueno, de modo que hubo mucha resistencia a admitir la posibilidad de una traición negligente por su parte. Tampoco bebía, de modo que era poco probable que la muchacha en cuestión pudiera emborracharlo. Sin embargo, seguían llamando la atención algunos detalles extravagantes de Plasman, de tal modo que se pensó que esa chica podría estar drogándolo… Ahora sé que no es cierto. La chica desapareció, y tengo el convencimiento de que está muerta.

—¿Quién la mató? ¿Plasman?

—No sé. Posiblemente, no. La mató alguien que quería… allanar el camino de Plasman, o sea, demostrar que él seguía haciendo las mismas extravagancias sin verse con la chica, y, por tanto, sin tomar esas posibles drogas que quizás ella le administraba sin que él se diese cuenta.

—En resumen: que cuando la chica desapareció, y Plasman continuó haciendo las mismas… extravagancias, comprendisteis que la chica no tenía nada que ver, y que estaba… un poco perturbado.

—Eso es exactamente lo que me dijeron mis compañeros cuando me reuní con ellos en Málaga. En consecuencia, si Albert Plasman estaba un tanto perturbado, alguna de sus acciones y extravagancias podrían comprenderse. Pero, por el momento, no se sabía nada de su posible perturbación, ya que nadie sabía que algunos finales de semana venía a reposar aquí, al Sanatorio Swarchtz. Se supo cuando apareció muerto, en una calle de Berlín, un compañero de Plasman.

—¿Un militar?

—Un comandante, que tenía acceso a los mismos documentos que Plasman. El cadáver de ese comandante fue retirado inmediatamente por la Policía Militar y llevado a lugar conveniente. Por fin, tras un minucioso registro, se encontró en poder del comandante muerto un diminuto microfilme tomado de las últimas disposiciones militares de la USAF, y que, como todos los documentos, estaba en la caja fuerte a la que, entre otros pocos militares, tenían acceso Plasman y el comandante muerto. ¿Conclusión?

—Déjame que la diga yo —musitó Pearson—. Tus compatriotas militares destinados en Berlín comprendieron que el comandante muerto era quien había estado vendiendo información militar a los

rusos. Hubo una entrevista difícil al final, posiblemente el comandante quería más dinero, o dijo que ya había ganado bastante y no quería vender más información… Y lo mataron entonces los rusos.

—Exactamente. Con lo cual, Albert Plasman quedó en el acto libre de toda sospecha. Sin embargo, dos días después de ese suceso, el coronel Plasman eligió este lugar para pasar el fin de semana. La CIA destinada en Berlín aprovechó la ocasión para registrar su apartamento, por si acaso había algún cabo suelto. Y encontraron cartas de Karl Swarchtz, indicaciones para tratamiento, etcétera… O sea, lo mismo que el MI5 encontró en el domicilio de vuestro Richard Loomis. Entonces, todos comprendieron por fin las cosas raras sobre Plasman, y respiraron aliviados: sólo había habido un traidor, y estaba muerto. El otro era un militar tenaz y pundonoroso que prefería curar sus dolencias en secreto antes que retirarse del servicio activo. Así, pues, la USAF respiró tranquilamente, y quizás en estos momentos están esperando la vuelta de Plasman para arreglar su situación.

—Pero ya no sospechan de él.

—La USAF, no.

—Pero la CIA sí —musitó Pearson.

—No sé qué pensar, John. Es posible que vuestro Richard Loomis y nuestro coronel Plasman estén perturbados ligeramente, o afectados en su sistema nervioso… Cosas pequeñas, pero difíciles para quien las pasa, es claro. También es posible la coincidencia de que estén aquí Plasman y Loomis, ambos sospechosos en mayor o menor grado de traición o algo parecido…, que justifican ahora su actitud sabiendo todos que quizás estén un tanto perturbados. Sí… Es posible que todo sea coincidencia… Pero hay también un agente ruso, John. Su nombre es Henrik Movenko, y tú le has roto la cabeza. ¿Te das cuenta? Un americano, un ruso, un inglés… Los tres aquí. Y me pregunto si el ruso no es también un sospechoso ante sus compañeros.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Al pentotal. ¿Por qué inyectarme pentotal a mí? Evidentemente, temen algo, y están al corriente de ciertos procedimientos de espionaje. ¿No lo comprendes?

—¿Estás sugiriéndome que esto es un nido de espías?

—¿Qué otra cosa? Yo sólo veo dos soluciones. Una: que todo sea lo que parece, y que tanto el ruso, como tu Richard Loomis, como el coronel Plasman hayan coincidido aquí por casualidad y efectivamente para curarse de ciertas perturbaciones. Dos: que formen parte de este nido de espías, que vienen aquí a refugiarse cuando las cosas se ponen un poco difíciles. Y como tienen la coartada de tratamientos anteriores por el doctor Swarchtz, todo queda explicado, y, si acaso, en lugar de acusarles, se les compadece y admira por su entereza en sobrellevar a solas sus dificultades. Si consideramos seriamente esta segunda solución, verás que es fácil para quienes vienen aquí a reposar traerle a Swarchtz toda clase de documentos… o *microfilmes* sobre documentos.

—Bien… ¿Cómo podemos saber eso?

—Tenemos ahí afuera a Henrik Movenko. Él nos dirá la verdad… de un modo u otro. Vamos a por él.

Capítulo VIII

Por desgracia (especialmente para él), Henrik Movenko no les iba a decir la verdad. Ni la mentira. Ya no diría nunca nada más, a no ser en el Día del Juicio Final. Tenía dos balazos en la espalda, a la altura del corazón. Junto a su cadáver, se veían las huellas de unos pies, procedentes del sanatorio. Las mismas huellas volvían luego hacia el bonito edificio. Huellas bastante grandes: parecían de unas botas de goma, para lluvia… y para nieve, en caso preciso.

—Parece que Movenko ha cobrado también el salario de los espías —musitó Baby.

—Lo cual nos perjudica notablemente —gruñó Pearson.

—En cierto modo. Al menos, ahora sabemos sin lugar a dudas que esto es un nido de espías, John.

—¿Quién crees que lo ha matado? ¿Swarchtz?

Baby tardó unos segundos en mover negativamente la cabeza.

—No creo que haya sido él… ¿Qué es eso?

—Una pistola con silenciador, que tenía el ruso en el bolsillo. Me parece que no tenía muy buenas intenciones respecto a ti.

—Dámela. Tuve que entrar al sanatorio sin pistola, y ésta va a servirme, seguramente. Déjame tu radio, John, por favor.

El espía británico se la entregó, sin vacilar. Baby desplazó las placas, igual que hiciera por la mañana con la de Armand. Cuando ella terminó, Pearson apagó su pequeña linterna contenida en la pluma estilográfica.

—¿Simón?

—¿Qué… qué ocurre…?

—Despierte del todo. Acción directa.

—¿Qué ha ocurrido? —Se oyó fuerte la voz de Jean Fabert.

—Han matado al ruso. Ya le explicaré.

—El británico…

—El británico está conmigo ahora. Ya les dije que es amigo de

toda confianza. Amigo personal mío y de la CIA cuando es necesario. Vengan al sanatorio inmediatamente y dispuestos a todo. ¿*Okay*?

—En el acto.

Baby cerró la radio, y la devolvió a Pearson, que la guardó, mirando en la blanca mancha teñida de amarillo a la espía más completa jamás habida en el mundo.

—Tu amigo Loomis ocupa la *suite* dieciséis, en el segundo piso de la clínica. Ve a hacerle una visita, John. Yo me ocuparé de Plasman… Entraremos por donde yo he salido. ¡Deprisa!

Corrieron por la nieve, salpicándola profusamente bajo sus pies. En pocos segundos, entraron por la ventana, que Baby cerró. Salieron al pasillo, y ella guió al británico hacia la escalera. Parecía estar todo en calma y en paz, pero, evidentemente, un asesino estaba despierto, alerta. Alguien que se había visto obligado a jugar desesperadamente sus cartas.

Subieron rápidamente la escalera, y mientras Pearson seguía hacia el segundo piso, Baby corrió a la *suite* 8, donde sabía que Albert Plasman, coronel de la USAF, estaba alojado. Empujó la puerta con la punta de la pistola, sin grandes esperanzas… Pero la puerta cedió suavemente hacia dentro, hacia la oscuridad. La espía entró en la *suite*, fue directa al dormitorio, y dio la luz.

Okay. Plasman estaba allí, en la cama. En pijama. Un pijama muy bonito, azul celeste… con manchas rojas sobre el corazón. Dos manchas brillantes, que todavía se iban extendiendo muy lentamente, empapando la tela… Los ojos de Plasman estaban abiertos, pero ya no verían nunca nada de lo que sucediese a su alrededor.

Todavía estaba Brigitte mirándolo sombríamente cuando oyó los pasos a su espalda. Se volvió a toda prisa, alzando la manita con la imponente pistola de Movenko…

—Soy yo —musitó Pearson, entrando en el dormitorio—. ¿Está muerto?

—Sí. Y también Loomis, ¿verdad?

—Sí.

—Vamos a la *suite* cinco. Ojalá me equivoque, pero *monsieur* Lovaine me pareció del Deuxième Bureau. Por nada, simple olfato, John… ¡Y ojalá me equivoque, porque eso significaría que vamos a

encontrarlo vivo!

Pues no.

Después de más de seis años de dirigir misiones de alto espionaje, Baby no podía equivocarse, ni siquiera en el simple aspecto olfatorio. Un espía huele a otro espía… Y *monsieur* Lovaine, evidentemente, había sido un espía. También estaba en pijama, pero con los ojos cerrados. Eso sí: el pijama estaba empapándose con la sangre que brotaba del pecho del loco de la guillotina. Tres balazos.

—Tres balazos… O sea, que ha disparado ya nueve —murmuró Pearson—. O sea, digo, que ha agotado el cargador. Pero debe de tener otro.

—Por supuesto —musitó Baby.

—¿Sigues pensando que no ha sido Swarchtz?

—Ya no sé, John… ¡No lo sé! Pero lo sabremos pronto. Vamos a su dormitorio. Está en la planta.

Salieron precipitadamente de la *suite* de Lovaine… Tan precipitadamente, que soltaron un respingo al ver de pronto en el pasillo a Konrad y a Guido, ambos en pijama y bata… y pistola en mano.

También los dos enfermeros se sobresaltaron al ver aparecer a los dos espías, y alzaron a toda prisa sus armas, dispuestos a disparar. Pero, en aquella igualdad de condiciones que significaba el sobresalto de los cuatro personajes, dos de ellos estaban forzosamente obligados a llevar las de ganar.

Los espías.

Los auténticos espías profesionales, cuyos reflejos eran infinitamente más rápidos que los de los espías de ocasión. Como si se hubieran puesto de acuerdo telepáticamente, Baby y «Fantasma» se repartieron los enemigos de tal modo que cada uno de ellos sólo tuvo que disparar una vez.

Plop.

Plop.

Guido saltó hacia atrás, con la bala disparada por Pearson clavada en la frente; efectuó una trágica pirueta al revés, rebotó sordamente en el alfombrado pasillo y quedó de bruces. Konrad, muy abiertos los ojos, recibió la bala disparada por Baby en pleno corazón, de tal modo que cuando cayó de rodillas ya estaba muerto.

Y cuando cayó de bruces sabía ya sobradamente lo que era la eternidad.

El hombre del MI5 se adelantó rápidamente hacia el borde del tramo de escalera, y se asomó con cautela, mirando hacia abajo. Todavía vuelto de espaldas a Baby, le hizo una seña, y la divina espía se reunió en el acto con él, bajando en silencio y a toda prisa los alfombrados peldaños… Arriba, en el pasillo, se oyó abrirse varias puertas, exclamaciones de hombres, el grito de una mujer… Cosas que no tenían la menor importancia.

Baby guió a Pearson hacia el dormitorio de Swarchtz, sin vacilaciones. Cuando llegaron ante la puerta, ésta se hallaba abierta de par en par, y los dos espías entraron sin vacilar. Baby dio la luz, iluminando el pequeño saloncito. Al fondo, a la derecha, se veía también abierta la puerta del dormitorio propiamente dicho, con lo cama abierta, colgando las mantas hacia el suelo.

—Al despacho —musitó Baby—. Estoy segura de que detrás de un cuadro hay una caja fuerte con cosas importantes… No se irán sin recogerlas. Primero, allí. Si no los vemos, registraremos todo el edificio.

Estaban saliendo ya de las habitaciones de Karl Swarchtz, y, siempre guiando Brigitte, corrieron hacia el despacho del director y propietario del sanatorio. Doblaron hacia la derecha por los alfombrados pasillos…

Plop, plop, plop…

John Pearson lanzó un gemido y cayó de rodillas, mientras Baby se tiraba hacia delante, con la pistola de Movenko en alto, ya apretando el gatillo hacia la puerta del despacho de Swarchtz, donde Emil parecía montar guardia. Y lo había hecho bastante bien, ya que había derribado al británico…

Plop.

Este disparo correspondió a la pistola que llevaba la espía internacional, cuando aún estaba en el aire, esquivando la línea de tiro de Emil. Sólo que Emil ya no volvería a disparar más. La bala disparada por Brigitte le acertó de lleno en el pecho, haciéndolo girar, dar de bruces contra la puerta y abrirla, de modo que penetró en el despacho, malherido. Quizá no habría muerto si, desde dentro, alguien no hubiese disparado a toda prisa contra él, desde la oscuridad: plop, plop, plop, plop… Emil pareció tener dificultades

para entrar en el despacho, como si una mano invisible se lo estuviera impidiendo. Luego, cayó dentro, por fin, acribillado. Dentro del despacho se oyó una exclamación de rabia, de decepción…

Baby rodó hasta Pearson, y se puso de rodillas a su lado.

—¡John, ¿qué…?!

—En la pierna. No es nada.

—Será mejor que te quedes aquí mientras yo…

—Ni hablar de eso, jovencita —sonrió secamente el británico—. Luego dirías que lo habías hecho todo tú sola.

—¿Podrás caminar? —sonrió ella, un tanto crispada.

—Mientras la herida esté caliente, sí. Ayúdame a ponerme en pie.

Se apoyó en un hombro de ella, y se puso en pie. Luego lo hizo Brigitte, señalando hacia la abierta puerta del despacho. Por el pasillo llegaban corriendo dos enfermeras envueltas en bata, y la de guardia, allá al fondo del largo pasillo, reuniéndose con algunos de los enfermos, cuya curiosidad era mayor que su prudencia.

—¡Atrás! —Masculló el británico—. ¡Atrás todos!

Alzó la pistola, y hubo un revuelo como de bandada de asustados pajarillos. El pasillo quedó vacío en un par de segundos.

—Queda por lo menos uno dentro del despacho —musitó Baby —. Lo sacaré de ahí… o se quedará muy quieto dentro. ¿Me cubres?

—No. Cúbreme tú a mí, y yo seré quien…

—¿Con la pierna herida? No tendrías la suficiente rapidez, John. Vamos, vamos, no perdamos tiempo. Tú harás la cobertura. ¿Bien?

—De acuerdo —susurró Pearson.

Se colocó a un lado de la puerta del despacho, mientras Brigitte se alejaba de ésta al máximo, hasta la pared opuesta. Hubo un cambio de miradas, ella asintió con la cabeza, y el inglés metió la pistola dentro del despacho, disparando tres veces en rápida sucesión. Aún resonaba el último «plop» cuando Baby estaba ya lanzada por el aire, introduciéndose en el despacho de Karl Swarchtz como una bala. Rodó una vez sobre sí misma, tropezó con un sillón, se puso de rodillas, y al mismo tiempo que veía un fogonazo ante ella y notaba junto a su orejita derecha el estremecedor silbido de una bala, apretaba el gatillo, sin contemplaciones. Una sombra se irguió al otro lado del despacho, y

el cuchillo del hombre se confundió con el disparo que desde la puerta hizo Pearson, guiado por el anterior resplandor anaranjado. Inmediatamente, también el espía británico se coló en el despacho, dejándose caer al suelo…

—Soy yo, John: no te muevas.

Pearson permaneció inmóvil. Tres segundos más tarde se encendía la luz del despacho…, mientras por la abierta ventana que había al otro lado del escritorio entraban unos cuantos copos de nieve, impulsados suavemente por el frío aire del exterior.

El británico miró hacia donde señalaba la espía norteamericana: un cuadro, representando una parte vieja de la ciudad de Ginebra, estaba separado de la pared, igual que la cubierta de un libro, de modo que se veía perfectamente la abierta caja fuerte.

Brigitte apagó la luz y se acercó a la ventana, seguido por el renqueante inglés. Iba éste a lanzar una exclamación de aviso cuando la espía señalaba ya hacia la nieve, hacia dos sombras que corrían por ella, alejándose.

—Swarchtz y la doctora… ¡Van hacia el garaje!

—¡Espérame! —Gruñó Pearson.

Pero Baby había saltado ya al exterior, por la ventana, y corría en pos de las dos sombras que destacaban en la nieve, que parecía amarillenta, debido a las luces de la clínica. Pearson saltó tras ella, corriendo como podía, apretando los dientes…

—¡Deténganse! —gritó Brigitte—. ¡Swarchtz, deténgase o disparo!

Por delante de ellos brilló un resplandor anaranjado, y los dos oyeron el soplo de la bala pasando por encima de sus cabezas. Baby disparó también, y Pearson lo hizo tras ella… El grito de Karl Swarchtz llegó nítidamente hasta ellos, y le vieron caer fuertemente impulsado hacia delante. Y enseguida, junto a él, de nuevo el resplandor de un disparo, pero no contra ellos esta vez. Pareció que la línea cárdena de la pólvora señalaba hacia la nieve… Luego, la doctora Marlene Moeller continuó corriendo, cayendo sobre la nieve, volviendo a levantarse… Quizá fuese por su torpeza en caminar sobre el blanco elemento, quizá debido al peso de la cosa que llevaba en una mano. Lo cierto fue que sus caídas, siempre inesperadas, la libraron de recibir un balazo en la espalda mientras corría, y que los dos espías profesionales comprendieron que ella

iba a llegar al garaje.

Y así fue. Brigitte echó a correr hacia allí cuando la mujer desapareció en el interior. Pero, evidentemente, Marlene Moeller era muy rápida, y el coche salió del garaje apenas cinco segundos después de que la doctora hubiese entrado a buscarlo.

—¡John, el sendero…!

El auto se alejaba de Brigitte, describiendo una suave curva sobre el sendero asfaltado. Las ruedas patinaron un par de veces, pero el auto se mantuvo en su línea de marcha, alejándose de Brigitte, mientras Pearson, cojeando, corría con grandes dificultades hacia el sendero. Se detuvo de pronto y disparó un par de veces, pero el auto siguió su marcha, dejándolo atrás, hacia la salida de la clínica… en el momento en que aparecían allí dos potentes conos de luz, procedentes de otro auto, grande, oscuro.

Los ocupantes del auto recién llegado vieron llegar hacia ellos el otro coche, lanzado a buena velocidad, y optaron por la más prudente y al mismo tiempo más eficaz medida: cruzaron el coche en el sendero, resbalando las ruedas agudamente; y aún no se había detenido del todo el coche cuando dos hombres saltaron de él, tirándose de bruces en la nieve que crecía en espesor a los lados del sendero.

Se oyó el chirriar de los neumáticos del coche de la Moeller, que efectuó un par de patinazos en zigzag antes de salirse del sendero e invadir la nieve, resbalando sobre ésta en zig-zags aún más pronunciados. Durante no menos de treinta yardas, el coche de Marlene estuvo patinando sobre la nieve, sin posibilidad de ser controlado. Por fin, se detuvo, y la doctora apareció fuera enseguida, corriendo hacia el invernadero, siempre en su mano izquierda aquel bulto…

—¡Simón! —gritó Brigitte—. ¡Que no escape!

Los dos hombres corrieron hacia la doctora, tambaleándose y resbalando sobre la nieve, con sus zapatos corrientes de calle. Tras ella, Marlene Moeller, en cambio, iba dejando las profundas huellas de unas botas mucho más adecuadas para aquellas circunstancias…

—¡Baby! —Se oyó la voz de un Simón—. ¡Ha entrado en ese edificio plano!

—¡Es un invernadero! ¡Hay otra puerta atrás, Simón! ¡Atrápenla ahí dentro!

Uno de los agentes de la CIA corrió, rodeando el invernadero, hacia la puerta de atrás. De su mano brotó un fogonazo apenas llegar allí, y en seguida su grito de aviso:

—¡Quería salir por detrás!

—¡No la dejen salir! ¡Si lo hace, mátenla!

Dejando a Marlene Moeller bajo la vigilancia de Simón y Simón, Brigitte regresó junto a Karl Swarchtz, que yacía tendido de lado, respirando agitadamente. Se había arrastrado hacia donde había caído su pistola tras recibir en una pierna el balazo disparado por Brigitte, y cuando ésta llegó junto al médico, se vio apuntada por el arma. Karl Swarchtz yacía de costado, tan blanco su rostro como la nieve.

—No… no se acerque… —jadeó—. No se acerque…, o disparo…

Brigitte vio con el rabillo del ojo la silueta de Pearson, acercándose, con la mano alzada… Volvió la cabeza.

—No, John. No dispares.

Swarchtz se volvió dificultosamente hacia la posición que ocupaba el británico, moviéndose penosamente. Brigitte se acercó, se arrodilló a su lado en la nieve y acercó su mano izquierda a la pistola que empuñaba el médico.

—Démela, Karl.

—Apártese… Apártese o…

Suavemente, Brigitte le quitó la pistola de entre los dedos, con toda facilidad. Un poco más allá, se oyó el suspiro de Pearson, que se acercó, todavía no muy tranquilo.

—¿Podrá caminar, Karl? —musitó Brigitte.

—No… No creo… Ella… Fue ella la que disparó contra mí…

—Ya lo vimos. ¿Dónde le herí yo?

—En la pierna… Ella disparó contra mí… No lo entiendo… ¡No lo entiendo!

—Pues yo sí, Karl. ¿Dónde le ha herido?

—En el pecho, aquí… Creo… creo que no es importante…

—Ella tenía mucha prisa en escapar, y no pudo afinar la puntería. John —alzó la cabeza Baby—: ¿puedes ir a la casa a buscar ayuda para trasladar al doctor, o prefieres quedarte tú aquí?

—Iré a la casa. No quiero que se enfríe mi herida, por el momento. ¿Estás segura de que él no…?

—Ve tranquilo. Karl y yo somos buenos amigos… en el fondo.

Pearson refunfuñó algo, pero fue hacia la casa, a paso rápido, temiendo que en cuanto dejara de mover la pierna ésta se enfriaría, y entonces ya no podría caminar por lo menos en una semana.

Brigitte vio la rosa de sangre en el pecho de Swarchtz, en la parte derecha, hacia el costado. Separó la ropa y sonrió tranquilizadoramente.

—Bueno, usted es un hombre de suerte, Karl. Efectivamente, esto no va a tener importancia. Máximo, dos semanas de descanso…, que seguramente lo tiene bien ganado… ¿Qué son estos papeles?

—Míos… No tienen valor para nadie más… Son míos…

Brigitte se los quitó del bolsillo interior izquierdo. Eran papeles sólidos, crujientes… Papel vegetal. Los desdobló, se puso de espaldas al sanatorio, que mostraba ahora muchas ventanas iluminadas, y echó un vistazo a algunas de aquellas hojas. Parecían planos de edificaciones.

—¿Qué es esto?

—Son cosas mías… A nadie le importa…

—A mí, sí. Quiero que entienda una cosa, Karl: puedo matarlo ahora mismo, y le aseguro que eso no me quitaría el sueño. Pero sí me sentiría francamente mal si después de matarlo llegase a la conclusión de que usted no merecía morir. Por eso…

Se oyó ruido de cristales rotos, que llegó allí amortiguado, como resbalando sobre la nieve. Brigitte y Swarchtz miraron hacia el invernadero, y todavía pudieron ver, fuera de éste, un par de rojizos fogonazos.

—Mucho me temo que la doctora Moeller esté en situación comprometida, Karl. Igual que usted. ¿Ha oído hablar de Baby?

—Sí… Sí. Algunas veces. Y también Movenko dijo cosas… increíbles.

—Pues le aseguro que Movenko no sabía ni la décima parte, Karl. ¿Fue usted quien lo mató?

—¿Yo…? ¡Marlene me dijo que había sido usted!

—¿Sí? ¿Qué más dijo Marlene?

—Que usted y un amigo suyo estaban…, que habían matado a Lovaine, Loomis, Plasman…

—Fue ella quien los mató, Karl. Mi amigo solamente dejó sin conocimiento a Movenko, en la nieve. Ella nos vio, fue allí, al

invernadero, y mató a Movenko, pero no se atrevió a atacarnos al señor Pearson y a mí. Regresó al sanatorio y mató a Lovaine, Loomis y Plasman. Luego, avisó a sus cuatro enfermeros, para que nos detuvieran o nos mataran mientras usted y ella huían con el contenido de la caja fuerte… ¿Lo comprende? Y cuando yo le herí a usted, ella quiso rematarlo, para que no contase la verdad, pues creía que iba a poder escapar. Así ocurrieron realmente las cosas, Karl.

—Pero ella…, ¿por qué tenía que matar a Plasman, Lovaine, Movenko, Loomis…?

—Para evitarse compromisos y, al mismo tiempo, evitar que ellos pudieran seguirla, ya que quería escapar. Por eso fue a buscarlo a usted a sus habitaciones… ¿O no fue así?

—Sí… Fue cuando dijo que corríamos peligro, que usted y su amigo los habían matado a todos…

—Lo único que quería ella de usted era lo que había en la caja fuerte. ¿Qué es, Karl? ¿Qué había allí? Tiene que decírmelo. Comprenda que ella le ha estado engañando… Hasta yo misma comprendí eso.

—¿A… a qué se refiere?

—Esto es un nido de espías, Karl, ¿no es cierto? Espías que traicionaban a sus respectivos países. Espías, diplomáticos, militares… Ellos les vendían informes a ustedes, y tenían preparada siempre la coartada de sus… dificultades mentales para poner venir aquí siempre que fuese necesario, sin levantar sospechas. Todo el material que les proporcionaban a ustedes, lo vendían luego a agentes que sí trabajaban honestamente para su país. Por ejemplo, las informaciones que facilitaba Plasman, las vendían ustedes a agentes rusos; las informaciones que facilitaba Movenko, las vendían ustedes a agentes de la CIA; las informaciones de Lovaine, del Deuxième Bureau, las vendían a Alemania, o a Rusia. Y así todo, vendiendo a un país lo conseguido por el espía traidor de otro. ¿Cierto?

—Sí —musitó Swarchtz.

—Pero eso no lo hacían aquí, naturalmente. ¿Cómo lo hacían?

—Tenemos… un buen equipo dedicado a vender informes por toda Europa. Ellos vienen periódicamente al sanatorio, recogen lo que hay, y se van a venderlo lejos del sanatorio.

—¿Cuánto hace que se dedican a esto?

—Más de un año.

—Bien… Han montado ustedes una aceptable red de espionaje privado, Karl. Buen negocio, contando con los traidores rusos, franceses, norteamericanos, alemanes, ingleses… ¿Tienen una lista de esos traidores?

—Marlene la lleva en una cartera… Se lleva la lista de los… traidores, como usted los llama, y también de los agentes vendedores de información. Todo está con ella. También… también el dinero en efectivo, casi… casi diez millones de francos… Y el talonario de la cuenta clave en Ginebra…

—¿Cuánto tienen allí?

—Casi… cien millones…

—¡Espléndido botín! Me pregunto cómo ella ha tenido paciencia para esperar tanto. Seguramente quería más, y más, y más…

—No. Ella me ama… Debe de haberse vuelto loca… Sí, eso es.

—¿Lo cree posible, señor psiquiatra? —sonrió fríamente la espía —. Usted está intentando engañarse a sí mismo. Se han dedicado a asesinar, y…

—¡Yo no he asesinado a nadie! ¡Ni Marlene tampoco! Sólo… hemos estado dedicados al espionaje…, como muchas otras personas.

—Había una muchacha que controlaba en cierto modo a Albert Plasman en Berlín, ¿no es así, Karl? Pues bien: ella ha muerto.

—¡No!

—De un momento a otro se encontrará su cadáver. O quizá no sea encontrado nunca. Pero ella ha muerto, porque así convenía a la organización de ustedes: desaparecida. O sea, muerta.

—¡Jamás… di esa orden… a nadie!

—Usted, no. Pero Marlene, sí. Mucho me temo, Karl, que era ella realmente quien dirigía la organización, dejándole creer a usted que era el director del grupo de espías. Y sin que usted lo sepa, Karl, estoy segura de que ella ha ordenado muchos asesinatos.

—No… No, no, no… ¡Ella no es capaz de eso!

—Pues ha sido capaz de matar a cuatro hombres esta vez, fríamente. Y de disparar contra usted. ¿O no?

Karl Swarchtz se mordió los labios y quedó silencioso, sombrío. John Pearson se acercaba ya, seguido por algunos pacientes y tres

enfermeras. Los primeros llevaban una camilla, en la cual fue depositado Swarchtz, que tendió las manos hacia Brigitte.

—Mis planos… —musitó—. Mis planos, señorita Lafrance…

—¿Qué clase de planos son?

—Los de mi nueva clínica… He estado luchando para esto solamente… Marlene me habló de conseguir dinero por este medio, y yo acepté, pensando solamente en mi nuevo sanatorio gigante, con muchos médicos, chalets individuales, toda clase de adelantos a disposición de todos los pacientes, aunque fuesen pobres… Tengo el terreno ya comprado, en las montañas, cerca del lago, y casi suficiente dinero para conseguirlo… Y ahora…, ahora, el sueño de siempre, de toda mi vida… Ya no podré hacerlo, no podré curar, o, al menos, consolar a mis pobres locos, a mi pobre gente… *Mistress* Hawkins, Pamela Higgins… y tantos y tantos como ellas…

—Esto, Karl, ha costado algunas vidas.

—Lo siento… Lo siento de veras, pero yo creí… creí que no pasarían cosas como las de esta noche… Parecía todo tan fácil… Y, en realidad, a nadie perjudicaba, porque si bien vendía informes sobre los americanos a los rusos, también vendía informes sobre los rusos a los americanos…

—Es decir —sonrió Brigitte—, que usted tenía la pretensión de que los servicios secretos de varios países «financiarían» su clínica gigante, sin saberlo.

—La idea… me pareció… buena. Lo siento…

—Llévenselo —dijo Brigitte, ahora en alemán—. Y no llamen a ningún médico hasta que yo les autorice. John, ve con ellos y…

—Ni hablar.

Y Brigitte Montfort comprendió que, en efecto, Pearson no quería ni oír hablar de eso. Estuvieron allí hasta que el grupo de pacientes y enfermeras casi habían llegado al edificio, transportando a Kart Swarchtz.

—Bien… Vamos a ver a nuestra fiera enjaulada. Mucho me temo que con ella no habrá demasiadas consideraciones.

Poco después se reunían con el Simón que vigilaba la entrada frontal del invernadero. El hombre de la CIA señaló hacia allá con la pistola, tendido en la nieve.

—Sigue ahí dentro, Baby.

—Iré a buscarla.

—Bien… ¿Cómo? ¿Está loca? —aulló Simón.

—Dicen que quien anda con locos acaba por ser otro loco —sonrió la divina espía—. Quizás eso me haya ocurrido a mí.

—Déjate de bromas —masculló Pearson—. Podemos sacarla de ahí sin el menor riesgo, de modo que…

—No pienso correr el menor riesgo… ¿Me devuelve mi pistolita, Simón? Gracias… Espérenme aquí.

—¿Qué piensa hacer? —Se inquietó Simón.

—Un pacto.

—Bueno… Si es así, y ella acepta…

—Aceptará. Le conviene, Simón. Hasta ahora.

Se acercó al invernadero, arrastrándose sobre la nieve con su bonito abrigo de visón blanco. Consiguió llegar hasta la puerta, que empujó suavemente… En el acto, dentro brilló un fogonazo, y una bala pasó por el hueco de la puerta, restallando secamente…

—Doctora Moeller —llamó Brigitte—: soy la agente Baby, de la CIA. Se lo digo para que comprenda que no saldrá de aquí con vida, si yo no quiero. Pero podemos hacer un trato.

Pasaron unos segundos antes de oírse la voz de la Moeller.

—¿Qué trato? —preguntó, tensa la voz.

—El maletín que lleva usted, con todo su contenido, tanto en dinero, cheques y papeles con datos sobre su organización…, a cambio de su vida.

—¡Déjeme en paz! ¿Me cree idiota?

—Lo será si no acepta. Entiéndalo bien, doctora: si acepta, podrá marcharse de aquí. Si no acepta, tendremos de todos modos esos papeles… y su cadáver. Dispone de un minuto para darme su respuesta. Eso es todo. Empieza a contar el minuto.

Brigitte quedó tendida junto a la puerta, bien protegida por la pared del invernadero, empezando a contar mentalmente los sesenta segundos, sonriendo fríamente. Sabía que la doctora Moeller no era, ciertamente, una idiota, de modo que podía adivinar sus pensamientos en aquellos momentos. Por fuerza, Marlene Moeller tenía que saber que, con cuatro enemigos rodeando el invernadero, no podría escapar jamás. Cierto que podían engañarla, pero siempre tendría la probabilidad de que Baby cumpliera su palabra… Era una probabilidad. De la otra manera, en cambio, no tenía ninguna…

—¡Señorita Lafrance!

—Diga, doctora.

—Me entrego. Acepto su trato.

—Bien. Acérquese a la puerta y tire afuera su pistola y el maletín. Hágalo ahora.

Segundos después, la pistola y el maletín caían sobre la nieve, cerca de Brigitte, que se desplazó lo suficiente para mirar al interior del invernadero y ver la sombra de la doctora.

—No se mueva ya, doctora… ¡Simón, las luces del coche!

Uno de los hombres de la CIA corrió hacia el auto de la doctora, se metió dentro, y consiguió acercarlo más al invernadero, lentamente, evitando los posibles patinazos de las ruedas. Cuando estuvo lo bastante cerca, dio las luces largas, que iluminaron completamente el invernadero de madera y cristal. Marlene Moeller fue entonces perfectamente visible, cerca de la puerta, con las vacías manos en alto.

Y también la agente Baby, que se incorporó y entró, apuntando con su pistolita de cachas de madreperla a la hermosa mujer de verdes ojos.

—¿Ha destruido algo de lo que contenía el maletín? —musitó.

—No. Y ahora déjeme marcharme, señorita Lafrance. Hemos hecho un trato.

—Es cierto… Y me pregunto cómo he podido descender tan bajo, doctora. Me bastaba dirigir el ataque contra el invernadero, y usted estaría ya muerta. Igual que la chica de Berlín, que Movenko, que Plasman… Igual que todas aquellas personas a las que usted ha matado y ordenado su muerte… ¿Se detuvo a examinar a sus víctimas de hoy?

—No tengo ganas de conversación, señorita Lafrance.

—Yo, sí… ¿No vio las flores de sangre? Feas flores de sangre, doctora Moeller: en la espalda de Movenko, en los pechos de Loomis, Plasman, Lovaine…, y hasta de Karl Swarchtz. Y, mientras tanto, usted estaba aquí, viva, con hermosas flores auténticas…, cuando lo que realmente merece es también una fea flor de sangre. O varias. No es la primera vez que veo esa clase de flores, se lo aseguro. He visto morir a muchos enemigos, y a algunos amigos… He conocido asesinos de toda clase, incluso locos auténticos que pretendían cosas imposibles. ¿Cree que es imposible de conseguir lo que pretende Karl, esa clínica gigante para personas necesitadas de

ayuda, de apoyo…? Como Pamela Higgins, por ejemplo.

—Déjeme marchar.

—Lo lamento.

Marlene Moeller palideció intensamente; su bello rostro pareció de cal, bajo las intensas luces de los faros del coche.

—¿Lo lamenta? —Se crispó su voz—. ¡Usted ha prometido…!

—Soy una embustera, doctora Moeller. Mejor dicho, mi palabra es de reina…, pero cuando trato con personas, no con bestias como usted. Usted ha repartido esta noche muchas flores de sangre… ¿Y quiere marcharse ahora sin las suyas? Oh, no, no, querida… ¡Se las ha ganado!

Plop… Plop… Plop…

La pequeña pistolita de la más cruel, astuta e implacable espía del mundo emitió tres suavísimos chasquidos, casi inaudibles, mucho más apagados que las otras pistolas.

Marlene Moeller abrió la boca, retrocedió un paso, y sus manos ascendieron lentamente hacia el pecho, donde se veían ya tres feas flores de sangre, en efecto. También los ojos verdes de Marlene Moeller estaban muy abiertos, desorbitados. Era como si al no poder hablar, ellos se encargasen de hacer la pregunta: ¿así, fríamente…?

—Así. Fríamente —musitó Brigitte Montfort, como captando perfectamente la pregunta.

La Moeller cayó de rodillas, de pronto, y enseguida, de bruces. Brigitte le pasó un pie bajo un sobaco, y le dio la vuelta, rudamente, tirándola entre unas flores, cara al techo del invernadero. Estuvo unos segundos contemplando cómo las flores de sangre se iban extendiendo rápidamente por el pecho de la doctora. Y de pronto se volvió.

Pearson, Simón y Simón estaban tras ella. El coche, inmóvil más allá, continuaba lanzando sus luces. Simón tragó saliva, y John Pearson se pasó la lengua por los labios.

—¿Alguna pregunta? —susurró Baby.

Los tres hombres movieron negativamente la cabeza.

—Muy bien. Dale las llaves de tu coche a Simón, John. Tú, yo y el otro Simón, iremos en nuestro coche. Dile a Simón dónde quieres que deje tu coche, y a nosotros dónde quieres que te dejemos a ti… Supongo que tienes algún amigo en Ginebra que pueda curarte y

hacer lo demás para tu regreso a Londres.

—Alguien habrá —sonrió secamente Pearson.

—Preparadlo todo. Partiremos dentro de quince minutos…, antes de que llegue la Policía. Ya vuelvo.

—¿Adónde vas ahora?

—Ya vuelvo —repitió Baby.

Cuatro días más tarde, Karl Swarchtz sonrió al recibir la visita de Pamela Higgins, la rubia y flaca muchacha que lloraba cuando se le recordaba que su hijo natural había muerto. Todavía no sabía Karl Swarchtz cómo había interpretado la Policía suiza las cosas para no mezclarlo a él en el asunto. Es decir, lo habían mezclado, pero sólo en el papel de una víctima más, que nada sabía de todo aquello…

—Hola, Pamela… —sonrió—. ¿La tratan bien sin mis consejos?

La muchacha sonrió tímidamente y se acercó a la cama del médico. Se quedó mirándolo intensamente.

—¿Está usted bien, doctor?

—Pues… sí. Casi bien. Gracias, Pamela… ¿Todo va bien en el salón?

—Tengo un recado para usted. Pero sólo podía dárselo cuando estuviese bien repuesto. ¿Lo está ya?

—Convaleciente, pero dispuesto a todo —sonrió el médico—. ¿Qué recado es ése?

Pamela Higgins salió del dormitorio… Regresó cinco minutos más tarde, llevando un grande y sólido maletín, que Swarchtz reconoció inmediatamente.

—¿De dónde… ha sacado eso, Pamela?

—Monique me lo dio para usted.

La muchacha lo dejó sobre la cama, y a una seña de Swarchtz actuó la manivela, incorporando al médico, que se apresuró a abrir el maletín…

Lo primero que tocaron sus manos fueron unos sólidos y crujientes papeles. Papel vegetal.

—Mis planos —tembló la voz de Swarchtz—. ¡Y el dinero!

También sus manos comenzaron a temblar cuando, además del dinero y los planos, encontró los cheques, intactos… Todavía tardó Karl Swarchtz no menos de diez segundos en comprender que tenía en sus manos alrededor de cien millones de francos que ya creía

lógicamente perdidos, y los planos de su clínica gigante… Y un papel, escrito a máquina… Parecía la letra de la máquina de su despacho…

El papel decía, en perfecto alemán:

> *Tiene usted un año de plazo para construir su sanatorio gigante. Yo le estaré controlando en todo momento. Si cumple, seguiremos siendo amigos. Si intenta engañarme en algún modo, lo buscaré, para regalarle… unas cuantas flores de sangre. Buena suerte.*
>
> *Baby*

—Ese papel está escrito en alemán, ¿verdad? —musitó Pamela Higgins—. No he podido entender lo que dice…

—Sí… En alemán, Pamela…

—¿Qué dice?

—Dice… —Karl Swarchtz sonrió, pero cuando habló notó un tremendo nudo en la garganta—. Dice que usted podrá curarse pronto, Pamela. Usted, y muchas personas como usted, aunque no tengan tanto dinero… Eso es lo que dice…, porque no seré yo quien prefiera no conseguir lo que siempre soñé, a recibir… unas cuantas flores de sangre… Entendido el mensaje, Baby.

Este es el final

Charles Alan Pitzer irrumpió en el fantástico *living* donde Brigitte Montfort, alias Baby, se ocupaba en distribuir graciosamente las dos docenas de rosas rojas en un precioso búcaro de porcelana china. E irrumpió frotándose alegremente las manos, con lo que se ganó una mirada amablemente irónica de la espía más divina y peligrosa de todos los tiempos.

—Viene usted muy contento, tío Charlie.

—¡Y quién no, querida…! Por todos los demonios: ¿por qué no me arrepiento nunca de haberla enviado a usted a una misión?

—Será porque soy infalible, ¿no?

—Pues… sí. ¡Sí, eso es!

—Gran descubrimiento. Pero todavía no le he perdonado, tío Charlie.

—¿Qué es lo que no me ha perdonado?

—Que me enviase lejos del sol de Málaga para meterme en un lugar donde hay nieve… ¡Brrr…! Bueno, ¿por qué está tan contento?

—Han caído todos. Se ha hecho una limpieza tremenda en Europa. Con la lista que usted nos facilitó, «Europa», nuestro jefe en ese continente, ha hecho una limpieza magnífica. Seis hombres, en total. ¡Los muy cerdos!

—De acuerdo con usted: hace falta ser muy cerdo para traicionar a la patria. Espero que les den a todos su merecido.

—De eso no cabe ninguna duda, querida… Ninguna. Je, je… Pero los rusos seguirán teniendo traidores en sus filas… ¿Por qué me mira así? ¿He dicho alguna tontería?

—Pues sí, querido mío. Los rusos, los franceses, los alemanes y los ingleses, entre otros, también habrán hecho una buena limpieza en sus filas. Yo les envié, amablemente, una copia de los datos que conseguí.

Charles Pitzer quedó estupefacto unos segundos, antes de sonrojarse violentamente.

—¿Está loca? —gritó.

—Ni mucho menos. Los traidores no interesan a nadie… Son gente que se dedica, simplemente, a hacer el mal: hoy a unos, mañana a otros… Pero siempre traicionando. Envié esas listas, y las enviaría mil veces… ¿Quiere una flor, tío Charlie? Le aseguro que éstas no son peligrosas…

FIN

Notas

[1] Véase la aventura *Prohibido rigurosamente espiar*, de esta misma colección. < <

[2] John Pearson, alias «Fantasma», uno de los más eficaces agentes del MI5 británico, es antiguo y fiel amigo de Baby, con la cual ha colaborado en diversas aventuras: *Si parla italiano*, *Aniversario atómico*, *Alarma en el Polo Sur*… entre otras. < <

[3] Véase la aventura *PUBLIC RELATIONS*, de esta misma colección. < <